COMPENDIO HISTÓRICO

DEL ORÍGEN

DE LA REVOLUCION FRANCESA.

COMPENDIO HISTÓRICO

DEL ORÍGEN

DE LA REVOLUCION FRANCESA

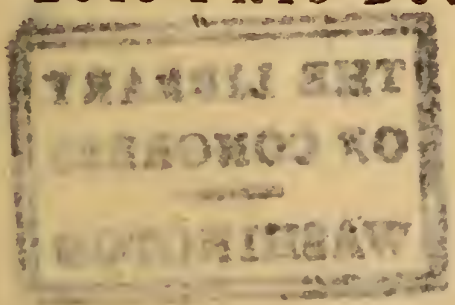
Ó TRAMAS

DE LOS FILOSOFOS MODERNOS PARA CONSEGUIRLA,

Con la relacion circunstanciada del motin que aconteció en Versailles en los dias 5 y 6 de octubre del año de 1789 en que el desgraciado Luis XVI. fuê sitiado en su palacio por un enxambre de sediciosos que le conduxeron á Paris, llevando en las picas las cabezas de sus infelices guardias de corps.

POR EL PRESBÍTERO

DON LUIS-FRIS DUCOS.



CON LICENCIA
Madrid imprenta de Álvarez 1814.

D

Nota benè. *Este compendio pertenece en el todo á la revolucion francesa, con la particularidad de que el autor ha presenciado la mayor parte de los hechos que se refieren; y cuyos pormenores se hallan en los eseritores de la mejor nota, como Barruel en sus* Memorias sobre el jacobinismo. *Montjoye en su* historia de la conjuracion del duque de Orleans: *Durosoy en su periódico intitulado* el Amigo del rey &c. &c.

THE LIBRARY
OF CONGRESS
WASHINGTON

DC138
.F91

El Autor suplica á los señores lectores se sirvan tener presente estos yerros de imprenta.

Pág.	lín.	dice.	léase.
64.	18.	interior.	inferior.
67.	14.	habian.	hubieran.
73.	11.	político.	patético.
75.	21.	se habia.	se les habia.
86.	5.	á cuya.	cuya.
94.	1.	diferentes.	indiferentes.
96.	9.	destruccion.	distincion.
128.	4.	ó individuo.	é individuo.
198.	17.	darlos.	darles.
219.	15.	calabozo.	cadalso.
220.	16.	ó igualdad.	é igualdad.
223.	9.	desengañarnos.	desengañaros.

SEÑORES INDIVIDUOS

DEL REAL CUERPO

DE GUARDIAS DE CORPS.

Estoy seguro que uno de los principales acontecimientos que se refieren en mi obra no podrá

menos de sorprehender á todos y á los militares especialmente. La conducta de los inmortales guardias de Corps de Francia en los memorables dias 5 *y* 6 *de octubre de* 1789 *fué aun por los mismos revolucionarios franceses admirada y llena de alabanzas. Espero de la bondad de V. V. que siendo, por decirlo así, como hermanos de aquellos héroes de la Francia no mirarán con indiferencia esta pequeña obra que tengo el honor de dar al público, baxo la proteccion del primer cuerpo militar de la nacion española, y que en la terrible lucha contra las huestes del tirano de la Europa ha*

dado pruebas de un valor digno de los mayores elogios (1).

B. L. M. de V. V.

su mas atento servidor y capellan

Luis Fris-Ducos.

---

(1) Aranjuez 16, 17 y 18 de marzo de 1808: 2 de mayo idem. Cabezon, Rioseco, retirada de Leon á Salamanca. Logroño, Puente Lodosa, retirada de Navarra. En la conmocion de Tarancon, Yévenes, Ciudad Real, santa Cruz de Mudela, Puente de Alverche, santa Olalla, Talavera, Infantes, Herencia, Camuñas y Madridejos, Mora y Ocaña. En estos pueblos ha acreditado este real Cuerpo su valor y disciplina iguales al espíritu de honor que siempre los ha animado y por el que se resistieron unánimemente á las infames sugestiones del traidor O-farril,

y á las seductoras promesas del perverso Murat y sus satélites. Espíritu de honor que parece que se propusieron difundir por toda la península, y lo lograron en su arrojada dispersion voluntaria del Escorial; pudiendo decirse que tuvieron la mayor parte en nuestra insurreccion, y que no ha habido exército ni batalla en que algunos individuos de este real Cuerpo no se hayan hallado, ni en el que hayan dexado de mostrar aquel ardimiento constante y decidido que ha sorprehendido á los mismos franceses, quienes en sus mismos papeles trataron de temeraria la heroicidad de los guardias en santa Cruz de Mudela, que tambien la habian mostrado anteriormente en Mondejar y Tarancon. Ultimamente han manifestado su íntimo amor al deseado Fernando VII. (que Dios guarde) y lo han hecho de tal modo que el pueblo de Madrid y de toda la España les ha colmado de las alabanzas á que son acreedores.

INTRODUCCION.

Hace como unos veinte y quatro años que hubo en París una fermentacion popular que fué el preludio de aquella terrible y asombrosa revolucion que derribó en Francia el trono y el altar, y esparció por toda la Europa aquel espíritu revolucionario que ha causado este grande trastorno que vemos hoy dia.

Mucho se ha escrito sobre el particular, y sin embargo no se vé que la opinion publica se haya todavía fixado sobre las verdaderas causas de una revolucion, que en los principios no pareció á la gente sensata sino un efecto de aquella ligereza de los franceses, siempre amigos de novedades, que un instante despues se cansan y acaban, por su inconstancia natural, por aborrecer aquello

mismo que habian apetecido antes con tanta ansia; pero la gente sensata se equivocó: esa revolucion no fué el efecto de la casualidad ni de la opresion, ni del descontento: el pueblo vivia feliz y contento, profesando el mayor afecto á su rey y á la religion católica, y hubiera seguido así, si unos novadores, enemigos de la religion y de los reyes, no hubiesen perturbado aquella dichosa armonía. Habia ya cerca de setenta años que esos perversos preparaban en secreto los planes de una reforma general: fué una especie de conspiracion fraguada por esos pretendidos filósofos, por los impíos, los incrédulos, los libertinos, y por los diversos sectarios de todas las naciones; y si esos pérversos escogieron la Francia para el teatro de sus ensayos revolucionarios, fué porque necesitaban de una nacion, viva, activa é irreflexîva, pues su blanco no era el contentarse con hacer una re-

volucion en Francia, sino en *todo el orbe.* Hemos visto *bien claramente* cómo habian ya logrado una parte de su intento; pero Dios que se burla de los designios de los hombres ha desbaratado el plan de esos malvados en un tiempo en que les parecia que nada podia resistirles.

La Europa se halla en el dia inundada (si puedo hablar así) de un diluvio de libros que refieren muy por menor los varios acontecimientos de la revolucion francesa, y las dolorosas convulsiones de aquel reyno entregado á la merced de los diversos partidos que se disputaban á porfia unos á otros el soberano poder. Allí se vé como el partido que llegaba á dominar hacia degollar á sus contrarios: bien pronto el partido vencedor se hallaba vencido á su vez por otro partido nuevo que enviaba tambien al cadahalso á aquellos mismos que media hora antes disponian de los destinos de la Francia entera: así

durante mas de veinte años las revoluciones han sucedido á las revoluciones, sin que uno pueda decir aun en el dia de hoy en qué vendrá á parar la Francia despues de tantos trastornos, y tantas mudanzas de gobierno. Vemos todas estas particularidades en esos libros que se han hecho tan comunes en el dia, y sin embargo pocos lectores se quedan satisfechos, porque no hallan en ellos las verdaderas causas de aquella asombrosa revolucion: además en la mayor parte de aquellos libros todo es confusion, contradicciones &c. &c.: unos inculpan á sugetos que otros ensalzan hasta las nubes: otros tienen por héroes á unos hombres que sus contrarios representan como unos perversos, unos infames: ¿de donde procede, pues, esa contrariedad en tantos escritores *contemporáneos*? Ved aquí la razon.

Al principio de su revolucion la Francia se dividió en muchos *parti-*

dos: *los Realistas*, *los Constitucionales*, *los Republicanos*, *los Imparciales*, *los Orleanistas*, y en lo sucesivo *los Brisotines*, *los Maratistas*, *los Robespierristas &c. &c.* Cada uno de estos partidos tenia sus escritores apasionados: éstos escribian lo que pasaba á su vista, no conforme á la verdad y realidad, sino segun su opinion y sus interpretaciones. De ahí viene ese laberinto de opiniones tan contradictorias. En confirmacion de lo que acabo de expresar, podria referir aquí un sin número de exemplos de los varios sugetos que hicieron algun papel en aquella revolucion: solo me contentaré con tres muy conocidos en el dia en el público.

El primero es el infame duque de Orleans. Toda la Europa sabe que Luis Felipe José, primer príncipe de la sangre real de Francia y duque de Orleans fué el principal autor de la revolucion. Los periódicos de aquellos tiempos, y los lite-

ratos partidarios suyos, así de Francia como de los paises extrangeros, nos hablan del duque de Orleans como de un príncipe dotado de las mejores prendas, bueno, generoso, protector de las artes y ciencias, buen patricio, enemigo del despotismo y restaurador de la libertad de su patria; siendo así que nadie ignora en el dia que fué el hombre mas inmoral que hubo jamás, protector de los filósofos modernos, de los libertinos, de los impíos, de los sectarios y de todos los malvados y sediciosos. Poseía riquezas inmensas que igualaban las de un potentado, y las gastó en hacerse partidarios en todas las clases de la sociedad, y en levantar la nacion entera contra su legítimo soberano, sacrificando su honor, su conciencia y patria para inmolar á aquel mismo soberano su bienhechor y cercano pariente suyo, derramando así por todas partes aquel espíritu revolucionario que nos ha acar-

reado todos estos males, y este grande trastorno que vemos hoy dia.

El segundo es *La-Fayette*: el marques de *La-Fayette*, comandante general de la guardia nacional parisiense hizo mucho papel en los primeros años de la revolucion. Varios escritores y periódicos le llamaban el *César frances*, *el héroe de los dos mundos*, *el mayor amigo de Luis XVI*.... y todos saben en el dia que el tal *La-Fayette* no fué sino un hombre vano, presumido, nimio, nulo en todas sus operaciones militares, complaciéndose en publicar por todas partes que nunca la Francia se hubiera libertado del yugo del *despotismo*, si no hubiera sido por él. Por esta misma razon solia decir muy á menudo estas palabras: *He hecho una revolucion en América, y quando la haya concluido en Francia, iré á hacer una tercera en Roma, que bien lo necesita...* Esta locura prueba la presuncion de aquel hombre, pues en América hizo el papel de *expectador*, y en Fran-

cia, hallándose á la frente de un exército formidable, no supo vencer *ni un duque de Orleans*, *ni un Danton*, *ni un Marat*, *ni un Robespierre*. Todos convienen en el dia que era todavía mas enemigo de Luis XVI. que el mismo duque de Orleans: á lo menos éste se declaró abiertamente contra su rey y primo: *La-Fayette* al contrario tuvo la conducta mas infame, pues *en el tiempo mismo* en que profesaba exteriormente el mayor afecto á su rey, y se condolia de su triste situacion, hacia causa comun con sus mayores enemigos, comunicando á éstos todo lo que habia podido sonsacar á aquel infeliz monarca.

El tercero es el exêcrable *Robespierre*: en el dia no hay uno que no sepa que *Maxîmiliano Robespierre* fué el hombre mas sanguinario que habia parecido sobre este globo. Su nombre ha llegado á ser una injuria; pues el mayor agravio que podrian hacer á un hombre en la

misma Francia sería llamarle *Robespierre.* Sin embargo mientras tuvo el mando, los escritores franceses le llamaban el *Caton moderno.... el ciudadano por excelencia... el incorruptible....* Siendo así que ese monstruo fué mas estúpido que *Claudio*, y mil veces mas feroz que *Neron* (1).

Varios autores extrangeros han escrito sobre la revolucion francesa,

---

(1) No puedo menos de hablar aquí de un cartel que hemos visto durante mucho tiempo en todas las esquinas de Madrid con este título: *El Robespierre español*: ignoro el contenido de aquel papel, pues no lo he leido, pero qualquiera que sea la mira del autor, no puedo menos de extrañar que dé á su escrito un título que en el dia es *una injuria*, *un agravio*, como acabo de decir. Dicho autor se presenta en qualquiera manera á sus conciudadanos como émulo de aquel monstruo que hizo correr arroyos de sangre en su patria, la qual se avergüenza de haberle dado el ser.

y aunque mas imparciales que los franceses, sin embargo no han aclarado del todo la materia: eso viene de que los extrangeros no han atendido bastante á esa contrariedad de opiniones de los escritores franceses: además, de todos quantos han escrito sobre el particular, sean franceses, sean extrangeros, ninguno sube al verdadero orígen de esa desastrosa revolucion. Todos empiezan su historia á los primeros alborotos que hubo en Francia; de manera que si el lector quiere enterarse de las causas de una revolucion que ha trastornado toda la Europa, y ha hecho correr tanta sangre, no queda satisfecho con la lectura de todos estos libros. Así me parece que una relacion sencilla, imparcial, y sin discusion alguna sobre los varios acontecimientos, sería mas de su gusto, y acaso podría sacar alguna utilidad de ella: tal es el plan de este compendio.

COMPENDIO HISTÓRICO

DEL ORÍGEN

DE LA REVOLUCION FRANCESA

Ó TRAMAS

DE LOS FILOSOFOS MODERNOS PARA CONSEGUIRLA.

PRIMERA PARTE.

Acia mediados del siglo próximo pasado la Francia gozaba de la paz y tranquilidad, tanto en lo interior como en lo exterior del reyno: las demás potencias de la Europa no solo la respetaban sino que la estimaban. Sus habitantes se tenian por los mas felices de *todo el orbe*; pues las ciencias, las artes, el

comercio, la agricultura, la industria, que florecian por todas partes, les proporcionaban quanto podian apetecer baxo un gobierno el mas benigno que se habia visto hasta entonces: pocos pueblos habia en Francia, en donde no se viesen extrangeros de todos los paises, y de todas clases que venian á disfrutar de las ventajas que les ofrecia aquella tierra tan feliz. *Federico segundo el Grande*, rey de Prusia, recorrió varias veces las diferentes provincias de Francia para enterarse muy por menor de la forma del gobierno de entonces, y hacerse cargo de la índole, é industria de sus habitantes: atraxo á sus estados un sin número de franceses á quienes proveyó con empleos, segun sus talentos, ó méritos: aquel príncipe enamorado (si me es lícito el hablar así) de la dicha del rey de Francia, y del amor que le profesaban sus vasallos, solia decir: *el*

sueño mas gustoso que pueda tener un rey es soñar que es rey de francia (1).

Reynaba á la sazon en Francia Luis XV. abuelo y antecesor inmediato del virtuoso y desgraciado Luis XVI. el amor y respeto que profeso á la augusta casa de Borbon no me harán disimular los yerros que cometió aquel príncipe; pues su descuido é indiferencia fueron la causa de la perdicion de su dinastía

---

(1) ¡Ay de mí! Si Federico II. hubiese vivido en los últimos años del reynado de Luis XVI, y que hubiese visto, como nosotros, quánto tuvo que sufrir aquel desgraciado príncipe de parte de unos vasallos que, en recompensa de todos los sacrificios que habia hecho en su favor, le quitaron la vida en un cadahalso, hubiera hablado de un modo muy diferente. Sin duda alguna *Federico* hubiera dicho: *el sueño mas triste que pueda tener el mas ínfimo de los hombres, es de soñar que es rey de Francia, precisado á reinar en una tierra de antropófagos.*

en Francia, y dieron lugar á este terrible trastorno que nos ha acarreado tantos males, y ha hecho correr tanta sangre en toda la Europa: la severidad de la historia me impone la ley rigorosa de no escuchar afectos particulares, pues todo historiador debe tener por divisa *la verdad*, sin dexarse llevar por ninguna consideracion particular.... no escribo la historia de la vida de Luis XV. todo quanto apuntáre en este compendio solo servirá para que el lector vea la parte *indirecta* que tuvo aquel príncipe en unos desastres que hubiera podido precaver, si hubiese sido mas cuidadoso, mas vigilante, y mas zeloso por el bien de sus vasallos, el de su familia, y por su propia gloria.

Es preciso confesar que Luis XV. estaba dotado de las mejores prendas: bueno, generoso, magnánimo, compasivo, limosnero, protector de todos los individuos que

sobresalian en las ciencias, ó en las artes.... en una palabra fué tan querido de sus vasallos, que éstos le dieron *unánimemente* el sobre nombre de *Luis el bien amado*; pero en lo sucesivo unos perversos cortesanos, sin honor, sin costumbres, sin religion, seducidos ó corrompidos por esos pretendidos filósofos modernos, consiguieron con sus mañas hacerse privados de su soberano. No tardaron en conocer que la pasion dominante de Luis XV. era el amor á las mugeres; y como los preceptos evangélicos son el mayor freno á todas las pasiones, aquellos infames empezaron por inspirarle indiferencia y disgusto para los exercicios de su religion que habia seguido hasta entonces con la mayor escrupulosidad. No contentos con haber desviado á su soberano de la ruta que prescribe la religion, procuraron con sus exemplos, y discursos emponzoñados en hacerle ol-

vidar lo que debia á la magestad del trono, y á su propia gloria. Esos perversos se esmeraron en favorecer todos los gustos de su rey y amo, sacrificando así sin vergüenza su honor, su religion, y conciencia. Bien pronto la corte de Francia llegó á ser el centro de la disolucion, y del libertinage: jamás se verificó mejor que entonces esta especie de refran que hallamos en este verso latino.

Regis ad exemplum totus componitur orbis.

Esto es: *El exemplo del rey influye sobre la conducta de los vasallos.*

En efecto el luxo, la corrupcion de las costumbres, el olvido de la religion, y el escándalo que reynaban en la corte de Francia, se comunicaron bien pronto á las demás clases de la sociedad. Fué una especie de contagio que se esparció por todo el reyno, y penetró en los

paises extrangeros, produciendo tambien por todas partes aquella relaxacion de costumbres que ha adquirido tantos partidarios á esos novadores, á esos pretendidos sabios de nuestros dias, que so pretexto de reformar los gobiernos, y hacer los pueblos felices, no han procurado sino revolverlo todo, mudar las dinastías reynantes, destruir la religion, y establecer por todas partes el *materialismo puro*, es decir no creer nada en punto de religion.

Aunque en el reynado de Luis XV. el vicio se hubiese propagado en toda la Francia, no por eso todos los franceses estaban corrompidos: se veían en todas las clases, y aun *en la misma corte*, sugetos que tenian la conducta mas pura, y mas exemplar; pues el Delfin, hijo del mismo Luis XV. y padre del desgraciado Luis XVI. *en medio de aquella corrupcion*, hacia la vida de un santo con la Delfina su esposa y

sus hijos. Una tal conducta era á la verdad una censura *indirecta* de la vida disoluta del rey su padre; y los cortesanos impíos que rodeaban á Luis XV. y que se esmeraban en favorecer las pasiones, y gustos de su monarca, procuraron disminuir el cariño que su padre le profesaba. Le insinuaron que el Delfin era un hombre disimulado, y llegaron á persuadirle que esa conducta no era sino aparente para hacerse partidarios, y quizás para quitarle el trono y la vida. Luis XV. demasiado crédulo entró en recelos: no se declaró abiertamente enemigo de su hijo, pero se notó que no le trataba ya con aquel cariño, y confianza que se estilan entre padres é hijos. Los cortesanos que conocen mejor que nadie el modo de pensar de aquellos que gobiernan, y leen hasta en lo último de su corazon, se aprovecharon de la ocasion, para mantener aquella indiferencia,

aquella desconfianza del padre con el hijo, y la muerte del Delfin que sucedió en la flor de su edad (1); y en un tiempo en que disfrutaba de la salud mas robusta, dió mucho que discurrir en el público.

No es de mi asunto el referir aquí quanto se dixo y se publicó por entonces sobre el particular, pues la calumnia ha exâgerado mucho las causas de una muerte que consternó toda la Francia, y afligió sobre manera á Luis XV. siendo así que aquellos que tienen la osadía de imputar la muerte del Delfin al rey su padre, son acaso los mismos que fueron los autores de ella para llegar mas pronto á sus fines; pues todos esos libertinos, esos filósofos modernos, esos novadores conocian muy bien que los sentimientos religiosos del Delfin eran un obstáculo

(1) Tenia treinta y seis años y quatro meses.

insuperable á sus miras ulteriores: no ignoraban que si llegase á reynar, nunca conseguirian el cumplimiento de sus intentos infernales. Ved lo que todo lector debe tener presente tocante á la muerte de un príncipe que habia adivinado ya los proyectos de aquellos pretendidos reformadores del genero humano; y así soy del parecer de los franceses honrados, religiosos, y sabios que pretenden aun en el dia de hoy, que si el Delfin hubiese sucedido á Luis XV. jamás hubiera habido revolucion en Francia, ni por consiguiente este trastorno que hemos visto en toda la Europa.

El primer suceso que tuvieron en Francia las intrigas diabólicas de nuestros filósofos, fué el hacer quitar la enseñanza pública á aquella sociedad célebre (2) que habia dado tantos hombres ilustres á las cien-

---

(1) Los jesuitas.

cias y á las artes. No soy el apologista, ni el censor de los jesuitas: no los he conocido, pues no habia nacido quando los echaron de Francia: así esas pretensiones verdaderas ó falsas atribuidas á los jesuitas de querer dominar por todas partes, y hacerse dueños de la autoridad suprema so pretexto de religion; esas imputaciones de atentar contra la vida de los monarcas que creían ser enemigos suyos; ese famoso pleito armado contra aquella corporacion; esas representaciones y quejas de varios soberanos al sumo Pontífice, enfin la abolicion de aquella orden religiosa que habia hecho tanto papel en todo el orbe, ofrecen una materia muy árdua para tener parte en este compendio: solo sí diré que la gente sensata é ilustrada, que habia recibido su educacion en los colegios que estaban baxo la direccion de aquella sociedad, fixa la época de la decadencia de la reli-

gion, y de las ciencias en Francia á la expulsion de los jesuitas: lo cierto es que desde aquella misma época la irreligion, y la impiedad empezaron á hacer progresos, y á quitarse la máscara, y el afecto que el Delfin les profesaba, su empeño para impedir su expulsion de Francia, las esperanzas que tenian los apasionados á los jesuitas de verlos restablecidos, si aquel príncipe llegase á suceder á su padre, explican (puede ser mejor que ninguna otra cosa) el enigma de una muerte que á nadie pareció natural.

El empeño de nuestros filósofos para conseguir en Francia la libertad de imprenta no les salió tambien. Habia ya mucho tiempo que esa filosofia hipócrita y engañosa no anhelaba la libertad de imprenta *para todo el género humano*, sino para apropiársela *exclusivamente para sí sola*, y perseguir en lo susesivo á quantos se atrevieran á contradecir

sus máxîmas impías, como hemos visto despues *bien claramente* en la misma Francia; pero Luis XV. que conocia muy bien el genio veletero de su nacion, y preveía los males que pudieran resultar de la libertad de imprenta tanto para la autoridad real como para la religion, que aquel príncipe respetó siempre (aun en el tiempo mismo en que vivia en la mayor disolucion de costumbres) se negó constantemente á las pretensiones de nuestros filósofos; pero éstos no desistieron de un intento que favorecia tan bien sus miras para esparcir sus máxîmas impías: se valieron de los amigos y partidarios suyos que tenian en los paises extrangeros en que se disfrutaba de la libertad de imprenta (que fué el mayor azote que podian temer la religion y las buenas costumbres) para hacer salir á luz sus obras anti-cristianas, anti-sociales &c. &c. &c..... de ahí ese diluvio de libros que refluían en Francia por to-

das partes, de ahí esa perversidad de costumbres, esa mofa de las cosas mas sagradas de nuestra santa religion.... á la verdad los parlamentos y demás autoridades castigaban severamente sus autores, quando llegaban á conocerlos, así como á los libreros que vendian los tales libros: muchas veces se mandó quemar por manos del verdugo, y en la plaza misma de las execuciones, aquellas obras impías, prohibiéndolas baxo las penas mas severas: pero ay de mí! eso mismo favoreció á nuestros filósofos quizás mejor que la misma libertad de imprenta; pues á pesar de esas prohibiciones, de esos castigos, la curiosidad hizo que cada uno queria tener alguno de aquellos libros prohibidos. Tal es la miserable condicion humana! basta que una cosa sea prohibida, para que se apetezca con mas ansia; y esta misma prohibicion procuró un despacho increible de aquellas obras impías.

No contentos todavía con los progresos que esos infames iban haciendo cada dia, se valieron de una estratagema diabólica que aumentó progresivamente el número de sus partidarios. Vedla aquí. En todas las principales ciudades de Francia habia varios sugetos que recibian de los paises extrangeros (por el correo y *gratis*) alguna de aquellas obras sediciosas é impías. Estos creidos de que hacian algun papel en la sociedad por ser conocidos (á su parecer) en tierras extrañas, hacian alarde de esas producciones: las enseñaban á sus amigos y conocidos; de esta manera el amor de las novedades, la insubordinacion, la irreligion, y la impiedad se iban introduciendo en la clase mas distinguida de la nacion.

Esos progresos no bastaron todavía á nuestros filósofos; quisieron apurar su malicia sobre el particular; y así para engañar mas y mas al público, y á la policía que los vigilaba,

hicieron salir á luz otras varias obras, cuyo título era en el todo diferente de lo que contenian ; hasta en las cosas que parecian muy indiferentes. El lector juicioso y religioso hallaba siempre en ellas alguna máxîma sediciosa ó impía.... de este modo llegaron á corromper enteramente la moral pública con su doctrina infernal, derramando por todas partes en las demás clases de la sociedad el veneno de la incredulidad, de la irreligion, del *materialismo*, y los principios subversivos del orden social.

Luis XV. conoció en fin el daño que esos libros hacian á la religion, y á la autoridad real, quejándose á sus privados de la audacia de los escritores modernos ; pero aquellos perversos llegaron á persuadirle que no eran sino disputas de opiniones que no tenian relacion alguna con el dogma, y mucho menos con la potestad real. ¡O ceguedad!..... el mayor apoyo del trono, y de todo

gobierno es la religion. Un gobierno por sabias que sean sus leyes, por íntegros que sean aquellos que mandan, si se desvía del camino que nos prescriben la religion y las buenas costumbres, ese gobierno se pierde: es preciso un freno á las pasiones humanas.... ¿y que mayor freno que la religion católica?.... Si Luis XV. hubiese tenido presentes estas verdades tan sencillas, jamás hubiera sucedido esa espantosa revolucion que hizo tantas víctimas en Francia, y se propagó despues en toda la Europa.

En tales circunstancias el clero no se descuidaba: las universidades, la facultad de teología, la *Sorbona*, que se podia llamar el *escudo de la fé en Francia*, impugnaban los errores del dia con unas razones que quedaban sin réplica.... los predicadores en el púlpito, los sabios en sus escritos, y sobre todo el cuerpo episcopal no dexaban de clamar contra

esos filósofos modernos, representándolos (lo que eran) enemigos de la religion, de los reyes, de los gobiernos, y subversivos de todo orden social. Todos los sabios españoles é ilustrados conocen la famosa, discreta, elocuente y *profética* representacion que *todos* los obispos de Francia hicieron á Luis XV. en el año de 1770: aquellos varones apostólicos predixeron á S. M. los males que amenazaban la religion y la monarquía, con tanto *acierto* que hemos visto despues *realizarse al pie de la letra* quanto dixeron en su enérgica declaracion (1); pero, ó altos juicios de Dios! si esa representacion hubiera tenido su e-

---

(1) Véase el mercurio del mes de agosto del año de 1770, y sobre todo un librito cuyo título es: *tertulia indicativa*, impreso en Madrid en el año de 1792 y que se vende en las librerías de Escribano, calle de las Carretas, y de Guillen, carrera de san Gerónimo.

fecto, jamás hubiéramos visto este terrible azote que ha trastornado toda la Europa.

Nuestros filósofos vieron con bastante dolor la impresion que esa declaracion hizo en Luis XV.; temieron algun acto de autoridad que les hiciese perder el fruto de sus trabajos durante tantos años. Para precaver lo que pudiera suceder sobre el particular, insinuaron al rey, que el remedio que intentaria oponer á esos males podria muy bien excitar alguna revolucion, cuyas consecuencias serían todavía mas funestas á la religion, y á la monarquía que los abusos que procuraria corregir; que el tiempo solo bastaria para apagar (lo que ellos llamaban) aquel acaloramiento. Luis XV. demasiado crédulo, como he dicho ya, siguió los consejos de aquellos perversos; pero no tardó en conocer quan engañado vivia; vió bien claramente el blanco de esos novadores, y las mudanzas que proyec-

taban hacer "¡pobre Berri! (1)(decia un dia á sus mas íntimos confidentes el mismo Luis XV.) qué lazos te »están armando!.... en quanto á mí »he de morir *rey*, pero segun lo que »veo, no sé cómo saldrás de aquel »apuro...." confieso que esas palabras dexarian á Luis XV. sin excusa ninguna cerca de la posteridad, y echarian un borron eterno á su memoria, si no se supiese por otra parte que los cortesanos infames que le rodeaban, y los ministros perversos imbuidos de los principios filosóficos que le servian, no le hubiesen impedido de tomar una determinacion rigurosa contra esos novadores; pues esos ministros le amenazaban siempre con una revolucion mil veces peor que los males actuales que intentaria remediar.

---

(1) Designaba por estas palabras á Luis XVI. que debia sucederle, y entonces era Duque de *Berri*.

Las cosas se hallaban en aquel estado quando Luis XV. fué acometido de una enfermedad (1), cuya malignidad, y en una edad avanzada, se burló de la ciencia de todos los médicos. Viene bien aquí al caso el hablar de quanto pasó en los catorce dias que duró aquella enfermedad; pues algunos autores, cuyas miras son muy fáciles de adivinar, han pretendido que aquel príncipe *murió como habia vivido*. Aun en el dia hay varios sugetos, cuya torpe malignidad está bien conocida, que dan crédito á estos autores infames en desprecio de los monumentos los mas auténticos que nos quedan sobre el particular. Pongo aquí por testigos, no solo á estos mismos monumentos, sino tambien á quantos sugetos se hallaban en *Versalles* en aquella época (y de los quales mu-

(1) Las viruelas.

chos viven en el dia de hoy) para que digan si mi relacion está ó no conforme con la *verdad.*

El dia 27 de abril del año 1774 hallándose Luis XV. en el sitio de *Trianon* se sintió con un poco de frio, de cuyas resultas le dió una calentura que le duró toda la noche. Al dia siguiente se marchó á *Versalles*, y á pocas horas se reparó que la calentura le dió mas fuerte: el dia 29 por la noche aparecieron algunos síntomas de viruelas, y antes que amaneciese todo el cuerpo del enfermo estuvo lleno de ellas. Los médicos no auguraron mal de aquella erupcion, y los cortesanos para divertir la imaginacion del monarca le decian que se habia vuelto *niño*, pues tenia la enfermedad de ellos. Sin embargo Luis XV. conociendo que estaba de peligro trató de confesarse quanto antes. Pidió *de sí mismo* un confesor, señalando á un sacerdote que tenia la

fama de hombre virtuoso, de unas costumbres severas é irreprehensibles. El rey estuvo *á solas* con aquel ministro de Cristo mas de dos horas: despues por el consejo de su confesor, el enfermo pidió le diesen el viático. El cardenal de la *Rocheaymon*, arzobispo de Reims y limosnero mayor hizo la ceremonia. Concluidas las oraciones, y hecha la profesion de fé segun el rito de nuestra santa Iglesia, Luis se hizo sentar en la cama, y con una voz clara é inteligible dirigió estas palabras á los asistentes: *Amados vasallos mios, sé el grande escándalo que os he dado durante mi vida; mucho me pesa; os suplico me perdoneis, y pidais á Dios por este pecador que tanto le ha ofendido.... y volviéndose ácia el cardenal le dixo: Hacedme el favor de salir á las galerías de palacio, y repetid estas mismas palabras al pueblo que ha acompañado al santo viático*, lo que se

verificó con mucha edificacion y ternura, pues todos se deshacian en lágrimas. Despues S. M. recibió á Dios con tanta fé, con tanta devocion que se veía *visiblemente* su sincero arrepentimiento. No contento todavia Luis XV. con aquella reparacion *pública* quiso que *estas mismas palabras* se insertasen en la gaceta ministerial de Francia (1) y circulasen por todo su reyno, á fin que todos fuesen enterados de la *reparacion* de los escándalos que habia dado la relaxacion de sus costumbres.

Desde aquel instante no se vieron en el quarto del rey sino obispos, sacerdotes, y otras personas graves y religiosas para suministrarle los socorros de nuestra madre la santa Iglesia, y ayudarle á bien morir. El célebre D. Cristóbal de

---

(1) Véase la gaceta de Francia del dia 4 de mayo del año 1774.

Beaumont, arzobispo de París, tan perseguido por los filósofos, á quienes hizo una guerra continua durante toda su vida, señaló su zelo en aquella circunstancia. Las dos virtuosas princesas *Doña Victoria y Doña Luisa de Borbon* no se apartaron de la cabecera de la cama de su augusto padre, ayudándole á hacer continuamente los actos de fé, esperanza, caridad, y contricion hasta que espiró.

Así murió Luis XV. el dia 10 de mayo del año de 1774 á la edad de 64 años y algunos meses con grande arrepentimiento y edificacion de todos. Protesto delante de Dios y de los hombres que en esta relacion no me he dexado llevar de la mas leve parcialidad. Confieso tambien que aguardar hasta la última enfermedad para volver en sí, es demasiado presumir de la bondad de Dios; pero ¿quien de nosotros puede medir la indulgen-

cia divina?...¿no es un artículo de fé que á un pecador *arrepentido, contrito, y humillado* Dios le perdona? nadie se atrevería á decir lo contrario....¿por que, pues, al cabo de quarenta años unos vocingleros hacen revivir una calumnia tan maligna, y tan torpe?....¿quales pueden ser sus miras?.... dexemos al lector avisado á que dé su parecer sobre el particular.... sigamos los enredos de nuestros filósofos.

Habiendo muerto Luis XV. estos pretendidos sabios, estos reformadores del género humano creyeron que habia llegado ya el momento feliz de empezar en Francia aquella revolucion ó reforma que disponian despues de tantos años con la intencion de propagarla en lo sucesivo en toda la Europa. Todo parecia favorecer su intento: la corrupcion de las costumbres, el amor de las novedades, la deuda nacional, los pocos años del nuevo rey, todo

les hacia esperar un éxîto pronto y feliz: pero Dios que se burla de los designios de los hombres quiso dilatar el castigo para dar un grande exemplo á todos los reyes, y á todos los gobiernos. Luis XVI. subió al trono con todas aquellas virtudes que constituyen un grande rey, y hacen esperar á los vasallos un reynado feliz. El nuevo rey empezó por tener una conducta en el todo contraria á la de su predecesor. Regularidad, buenas costumbres, cumplimiento con todos los preceptos evangélicos y eclesiásticos hasta la *escrupulosidad*, buenos exemplos, amigo de todos los hombres de bien, el enemigo declarado de todos los malos de qualquiera clase que fuesen, poniendo su conato en reformar quanto advirtió de malo en el gobierno próxîmo pasado, reformando en su mismo palacio todo lo que no servia sino para el luxo y la ostentacion, desvelándose para co-

nocer las necesidades de sus pueblos &c. &c. &c..... tales fueron los principios del reynado del desgraciado Luis XVI. En un instante la corte mudó de semblante, y los pueblos fueron tan contentos que le dieron unánimemente el sobre nombre de Luis el *benéfico*.

Nuestros filósofos murmuraban en secreto, no dexando de conocer que este entusiasmo general á favor del nuevo rey ponia un grande obstáculo á sus miras. Sin embargo no desistieron de su intento infernal; y como los malos tienen siempre unos recursos incógnitos á los buenos, estos infames se valieron de una astucia que engaño al rey, y á la nacion entera. No tardaron en conocer que la pasion dominante de Luis XVI. era el aligerar á su pueblo, y sobre todo á la clase mas ínfima. Advirtieron que para llegar á ser privado del joven rey, bastaba hablarle de algun proyecto que

pudiera aliviar á sus vasallos, y hacerlos felices: algunos de los mas astutos de ellos lograron introducirse en la corte. No dexaban de hablar con todos los privados, alabando sin cesar las buenas intenciones de S. M. Como estos perversos aparentaban el mayor zelo para el bien público, y tenian mas talento que los hombres de bien, consiguieron hacerse tambien privados de Luis XVI. Habiendo logrado este paso, dieron parte de ello á sus socios de Francia, y de los paises extrangeros. Estos, conociendo las grandes ventajas que podrian sacar de esta privanza, avisaron á sus compañeros de París que anduviesen con mucha reserva, exâminándolo todo, y no emprender cosa alguna sin recibir antes los documentos necesarios para el asunto.

Los gefes principales de estos reformadores conocidos despues con el nombre de *francs-masones*, en lo su-

cesivo con el de *iluminados*, y posteriormente con aquel de *jacobinos* (1) se reunieron en la *Baviera* en donde vivia el *Corifeo* de los iluminados (2) tuvieron varias juntas *secretas*, y en estas juntas ventilaron los planes de esa pretendida reforma general, y determinaron que la Francia habia de ser el teatro de sus primeros ensayos revolucionarios, porque conocian que una nacion tan veleidosa, tan viva, y al mismo tiempo tan activa podia favorecer sus miras ulteriores. Teniendo á España por la nacion la mas atrasada, y (á su parecer) por la mas inculta de la Eu-

---

(1) Véase el orígen de los *Jacobinos* en mi *historia cierta de la Secta de los francs-masones* pág. 69 y siguientes.

(2) *Weishaupt* gefe de la secta de los *iluminados*, cuyas máximas diabólicas se ven muy por extenso en la obra intitulada: *Memorias para servir á la historia del jacobinismo por Barruel, tomo* 3, pág. 49 y *siguientes.*

ropa, la hicieron el *honor* de dexarla por la última que habia de adoptar su reforma, y decantada libertad: pero ¡ó altos juicios de Dios!.... esta nacion que despreciaban tanto, el Señor la habia escogido para desengañar á todas las demas, hacerlas conocer el veneno de las sofisterias de estos infames, y darlas el exemplo de sacudir el yugo de estos nuevos tiranos que, so pretexto de hacerlas felices, no procuraban sino oprimirlas, y volverlas á esos primeros tiempos de barbarie, en que cada uno vivia sin ley, sin religion, y sin gobierno, teniendo *aun* la desvergüenza de llamar aquellos mismos tiempos de barbarie *el estado primitivo de la sencilla y feliz naturaleza.*

Ya no se trataba sino el saber cómo habian de principiar la tal reforma ó revolucion. Los emisarios secretos que los gefes de nuestros filósofos tenian cerca de Luis XVI. tuvieron órden de echar de quando en

quando unas indirectas sobre la situacion de la Francia, insinuándole que el solo remedio á tantos males era el convocar *los estados generales del reyno*, y que el amor que todos profesaban á un rey tan benéfico le haria encontrar en esta asamblea nacional todos los recursos necesarios para aliviar á su pueblo..... Luis XVI, como he dicho ya, no teniendo otro anhelo sino el bien de sus vasallos vió con el mayor gusto el plan que estos hipócritas le presentaron : lo aprobó, y sin preveerlo vino á caer en el lazo que estos perversos le armaban. A exemplo del rey todos hablaban en la corte de la convocacion de los estados generales, y bien pronto la nacion entera no suspiró sino por la tal convocacion: poco á poco el pueblo se acostumbró á mirar una asamblea nacional como el medio mas seguro para sacar el reyno del apuro en que se hallaba á causa de la deuda nacional, y para corregir los abusos (que

le decian) haberse introducido en todos los diferentes ramos de la administracion, y en todas las clases de la sociedad. En un instante el entusiasmo llegó á un tal grado, que hubiera sido muy peligroso en aquella época el contradecir el voto general que la nacion manifestaba por ver renacer una de aquellas asambleas nacionales que no se habian visto desde *ciento setenta* y *cinco años*.

Nuestros filósofos veían con gusto los progresos que iban haciendo de dia en dia: todos los ánimos estaban ya dispuestos para recibir la novedad que preparaban despues de tantos años: solo restaba saber cómo podrian lograr el cumplimiento de su intento. Tuvieron por conveniente el mudar la forma de la representacion nacional que se habia estilado desde los principios de la monarquía, á fin de superar con mas facilidad los óbices que podrian ocurrir en la lucha que prevían ya de antemano.....

la antigua monarquía francesa se componia de tres órdenes, *la clerecía*, *la nobleza*, y los plebeyos, llamados el *tercer estado*. Estos cuerpos convocados por el rey se llamaban los *estados generales del reyno*. Cada uno tenia un número *igual* de representantes: cada uno se reunia *separadamente* en sus cámaras respectivas para tratar de los asuntos por los quales se les habia convocado: todo se decidia á la pluralidad de votos, y despues llevaban la decision al soberano para que la *confirmase*.

Nuestros novadores conociendo quán inclinado estaba Luis XVI. á favor de los plebeyos le insinuaron *con maña* que el tercer órden que era la clase la mas numerosa y mas útil del reyno, se hallaba despreciado por los otros dos órdenes llamados *privilegiados*, y que aquel habria de tener una *doble* representacion en *los estados generales*. Luis XVI (sin que se sepa el motivo) tenia alguna

prevencion contra lo que llamaban *alta clerecía*, *y alta nobleza*: se persuadió que habia mas hombria de bien, mas religion, y mas sencillez entre los plebeyos, que en las demás clases de la sociedad; por lo mismo se declaró abiertamente el protector del *tercer órden*, y consintió en que tuviese una *doble* representacion en los estados generales que iba á convocar, prometiéndolo á estos hipócritas.

Los debates de los parlamentos con la corte, y los ministros; la insolencia de un sinnúmero de vocales de estas curias contra su legítimo soberano; su desobediencia en no querer confirmar los decretos dados por la autoridad real; la separacion, y destierro de estos cuerpos de legislacion; los varios alborotos que hubo sobre el particular en casi todas las provincias de Francia, pertenecen á la historia general de la revolucion, y por consiguiente no

vienen al caso para hacer parte de este compendio; solo sí diré que el encono de los parlamentos contra la corte, y el rigor que ésta usaba contra aquellos, eran obra de nuestros filósofos, porque estos perversos sabian muy bien que *desunir era mandar*, y estas desavenencias favorecian sus miras ulteriores: así en la corte procuraban irritar al rey y á los ministros contra los parlamentos que pretendian (segun ellos) usurpar la autoridad real; y en los parlamentos clamaban contra *el despotismo* de la corte; de manera que el rey y la nacion se hallaban á la merced de estos infames que abusaban indignamente de la confianza de unos y otros para llegar á sus fines.

Es preciso confesar aquí que tanto en la corte como en los parlamentos, habia varios sugetos que estaban imbuidos de las maxîmas filosóficas, y por lo mismo nuestros novadores hallaban menos resisten-

cia á sus pretensiones hipócritas. Una de estas fué la libertad de imprenta que anhelaban despues de tantos años sin haber podido lograrla: se guardaron muy bien de seguir el exemplo de sus predecesores para solicitarla: tomaron un rumbo todo diferente, y les salió bien. Representaron al rey, *con mucha maña*, que habiéndose pasado cerca de dos siglos desde la última convocacion de los estados generales, apenas se conocia el modo de convocar á esa asamblea nacional, y que por consiguiente seria muy útil el permitir la libertad de imprenta *solo* para que los sabios, y los literatos manifestasen su opinion *sobre el particular*, á fin de enterar á las provincias de los documentos ó instrucciones que habian de remitir á sus diputados. La cosa parecia tan sencilla, que Luis XVI. consintió en ella sin reparar que se abusaria de la tal libertad de imprenta para

aquel objeto exclusivo, y que trocarian sus intenciones benéficas: en efecto la cosa sucedió así. Los literatos, por la mayor parte imbuidos de los principios filosóficos, se aprovecharon de la ocasion para insertar en sus obras algunas especies indirectas contra lo que llamaban *abusos religiosos*, y contra el *despotismo ministerial*, dando á entender con esta expresion que los yerros en la administracion eran la culpa de los *ministros*, y no la del *rey*: así aquellos emisarios de nuestros filósofos iban esparciendo sus máxîmas anti-cristianas y anti-sociales, sin que el vulgo advirtiese el veneno oculto que estos infames destilaban en sus obras.

Habia ya algunos años que la secta filosófica habia consiguido con sus tramas y maquinaciones elevar al eminente grado de *super-intendente general* de hacienda á un extrangero, natural de *Copet*, cerca de

Ginebra, y criado en la secta *Calviniana*. Este hombre llamado *Necker*, habia pasado los primeros años de su juventud en casa de un banquero que le daba anualmente cinco mil reales de vellon como tenedor de libros. Con este corto salario llegó á adquirir una fortuna de treinta y dos millones de reales de vellon. Como en todos los paises y en todos tiempos las riquezas siempre han hecho el principal mérito del hombre, *Necker* se vió lisongeado, y ensalzado por la chusma de los filósofos. Estos, para allanar todas las dificultades que pudieran encontrar en la corte para sus miras ulteriores, empezaron por publicar que *Necker* era un hombre extraordinario en asuntos de administracion, y cuyos talentos raros eran superiores á quantos se habian visto en los siglos pasados, siendo capaz *él solo* de restablecer el crédito nacional, si le confiasen la administracion de la real hacien-

da, la qual se hallaba muy mal gobernada por estar en manos de unos cortesanos sin talento, sin experiencia, que dexaban el manejo de ella al cuidado de unos subalternos que no procuraban sino enriquecerse sin atender al bien público. El entusiasmo de la nacion en favor de aquel hombre llegó á tal extremo, que el virtuoso y benéfico Luis XVI. se vió precisado á ceder á la opinion pública: *Necker* fué pues nombrado *superintendente general* de la real hacienda.

Ya habian logrado nuestros filósofos quanto podian apetecer: ya tenian en el ministerio un corifeo suyo, y un agente acérrimo: ya tenian la libertad de imprenta, aun que no fuese sino *exclusiva*, habian trocado su verdadero blanco, y conseguido hacerla *entera* por el modo con que los literatos y los sabios escribian; pues dexando aparte el verdadero objeto de su comision, sus obras no eran sino declamaciones con-

tra el clero y la nobleza; contra el luxo de los grandes y el despotismo de los ministros; contra la mala administracion de la real hacienda, y los abusos que se habian introducido (segun ellos) en la iglesia, y en todas las corporaciones &c. &c. &c... Estos escritores hipócritas, sus secuazes, y todos los entusiastas no hablaban sino de *reforma*, siendo así que todos aquellos que pretendian reformar á sus superiores, como á los reyes, á los clérigos, á los ministros, á los magistrados &c. &c. &c... vivian ellos mismos en la mayor disolucion; y en el tiempo mismo que estos hipócritas no dexaban de ensalzar la probidad de las clases ínfimas de la sociedad, se veía que el luxo, el libertinage, la mala fé en los tratos, la usura en el comercio se habian tambien introducido hasta entre los aldeanos, de manera que la nacion entera no estaba ya conocida.

Con esta perversidad de costumbres, con esta corrupcion casi general (obra de nuestros filósofos modernos) estos infames habian ganado tanto terreno, que todo presagiaba ya una explosion muy cercana. La gente sensata, y todos los hombres de bien vieron lo que habia de suceder. El clero y la nobleza viendo los progresos que el espíritu revolucionario iba haciendo cada dia, y queriendo desengañar á la nacion, é impedir el trastorno que preveían ya, hicieron dexacion de *todos sus privilegios* para cerrar la boca á estos vocingleros que no procuraban sino exâsperar á los plebeyos contra las dos primeras órdenes del estado, á fin de valerse de la multitud, no para hacerla feliz como se lo tenian ofrecido, sino para que sirviese de instrumento *ciego* á los proyectos de estos pretendidos reformadores del género humano. Un sinnúmero de sugetos del clero,

y de la nobleza, así como otros varios individuos de entre los plebeyos dieron á luz varias obras, en las que predixeron al rey y á la nacion *entera* todas las desgracias que hemos visto despues realizarse *al pie de la letra.* Algunos de estos escritores llevados del amor de la patria, y del bien de la religion tuvieron el valor de manifestar *claramente* que Necker, aquel ídolo del pueblo, no era sino un *emisario*, un *agente acérrimo* de estos novadores para trastornar la religion, y el estado: pero ay de mi! estos escritos proféticos tuvieron el mismo efecto que las predicciones de *Casandra* (1):

---

(1) *Casandra*, segun fingieron los poetas gentiles en sus fábulas) hija de Príamo y Hécuba fué tan querida de *Apolo* que este dios, dice la fábula, le dió el espíritu de profecía, con condicion que correspondiera á su pasion. *Casandra* fingió aceptar la proposicion; pero apenas hubo recibido los dones de

no solo no se hizo caso de ellos, sino que sus autores fueron ultrajados y perseguidos por la turba de todos los escritores adictos al sistema filosófico que no dexaban de clamar contra ellos, tratándolos de *egoistas*, y *enemigos* del bien público; que procuraban con sus escritos impedir la *feliz regeneracion* de la Francia.

El hipócrita *Necker* se sonreía al ver este encono de unos contra otros, y estas discordias que él mismo habia fomentado en secreto para sus miras ulteriores, llamando á esta guer-

---

aquel dios, quando hizo burla de él. *Apolo* irritado la castigó, impidiendo se diese crédito alguno á sus predicciones. En valde pronosticó la ruina de *Troya*, no se la escuchó: lo mismo sucedió con *Agamenon*, marido suyo, á quien predixo que habia de ser asesinado en su tierra; lo que se verificó por no haber creido á su muger; pues fué muerto por las intrigas de *Clytemnestra*.

ra de plumas *el ruido sordo de la Europa*.. Con estos antecedentes qualquiera otra nacion hubiera tenido al *empírico Necker* por enemigo suyo, pero desde la guerra última de América, la irreflexîva nacion Francesa se habia de tal modo dexado alucinar por aquel hombre, que le tenia ya por un oráculo, alabando sin cesar sus talentos raros en administracion por haber sostenido una guerra tan costosa sin establecer ningun impuesto nuevo, lo que era (segun estos vocingleros) una prueba de su solicitud por los intereses del pueblo, sin querer reflexîonar que todo eso no era sino un engaño, una patraña, pues por no recurrir á un subsidio, el tal *Necker* gravó á la nacion con unos empréstitos tan exhorbitantes que produxeron en la monarquía una deuda que nunca se ha podido calcular.

No quedaba ya á nuestros filósofos modernos para el cumplimien-

to de la reforma ó revolucion que disponian despues de tantos años sino el lograr la doble representacion de los plebeyos en los *estados generales*, y esto mismo les venia á ser tanto mas facil, quanto tenian en su favor la opinion pública, y al rey mismo que se habia declarado, (como tengo dicho) el protector *del tercer estado*. La nacion entera estaba muy impaciente por ver en fin aquella asamblea general que esperaba de algunos años á esta parte con tanta ansia, sin que jamás se verificase. Acalorado con los escritos de estos reformadores, y mucho mas con las sugestiones de los emisarios de éstos, el pueblo empezaba ya á murmurar contra los ministros, y contra el rey mismo, clamando altamente que todas estas dilaciones eran un lazo que se le armaba, y que el clero y la nobleza no procuraban sino estorbar las miras benéficas del monarca que habia ya prometido

tantas veces la reunion de los estados generales.....

Luis XVI. para poner fin á todos estos rumores declaró *definitivamente* que los estados generales serían convocados para el año de 1789, y fixó su reunion para el mes de abril del mismo año. A fin de proceder con mas tino, y conciliar los intereses de todos, aquel buen príncipe juntó segunda vez en *Versalles* á fines del año de 1788 los notables de su reyno para arreglar la forma de convocacion, y decidir de una vez si el tercer orden habia de tener esta doble representacion de que se hablaba tanto, y que habia dividido la Francia en dos grandes partidos.

La asamblea de los notables del reyno, que se componia de individuos de *toda clase* que hacian algun papel en la sociedad, se reunió en *Versalles* (como acabo de decir) á fines del año de 1788 para decidir la cuestion de la doble representa-

cion. El rey mandó que esta asamblea de notables se dividiese en *secciones*, de las que cada una estaba presidida por un príncipe de la sangre real. Todas acordaron que el número de diputados de cada órden habia de ser *igual*, segun se habia estilado desde los principios de la monarquía: solo la *seccion* que tenia por presidente á *Monsieur* hermano mayor del rey votó conforme á los deseos de S. M. y á los de *Necker* (quiero decir por la doble representacion del tercer órden): he aquí sin duda la razon por qué ciertos escritores franceses, y algunos extrangeros han publicado mil calumnias contra *Monsieur* (hoy Luis XVIII.) tan *denigrativas y falsas* que molestaria la paciencia del lector si hiciese aquí su relacion.

El rey, aunque adherido sinceramente y con calor al tercer estado, no quiso sin embargo que los otros dos órdenes le imputasen á *él*

solo esta doble representacion. En consecuencia el dia 27 de diciembre del mismo año 1788 celebró un consejo de estado para ventilar esta gran cuestion. *Necker* que era el oráculo de la corte, la qual nada determinaba sin haberlo antes consultado con aquel *empírico*, fué el primero que dió su voto por la doble representacion, sin manifestar si los tres órdenes habian de opinar por clases *separadas* ó por individuos *reunidos* en una misma cámara, lo que era una astucia de que se valió aquel pérfido, y el mayor enemigo de la Francia para el cumplimiento de los planes que tenia ya acordados con nuestros filósofos, de quienes era el agente principal, y su mas acérrimo protector.... La mayor parte de los vocales del consejo votaron en favor de la doble representacion, sea por dar gusto al monarca, sea que nada sospechasen del lazo que les estaban armando; pues á su modo de pensar

poco importaba que el tercer estado tuviese una representacion *igual ó doble* á la de los otros dos, si los estados generales debian opinar *por clases* como siempre se habia estilado en *todos* los estados generales desde los principios de la monarquía francesa; pero algunos de los mas avisados de entre los vocales de aquel consëjo, así como varios cortesanos juiciosos previeron desde entonces, que si esta doble representacion llegase á efectuarse, se daba un golpe mortal á la monarquía; y aun en el dia de hoy toda la gente sensata de la Francia la mira como el orígen de todos estos desórdenes, estos motines, estas sediciones, y de esta anarquía que en lo sucesivo se hizo general en todas las provincias de Francia; en fin como el manantial de este espíritu de insubordinacion que se ha esparcido despues por toda la Europa, y ha causado en casi todos los reynos esas

diferentes revoluciones que han venido á parar en este grande trastorno que vemos hoy dia, sin que uno pueda todavía decir quál será el término de tantas agitaciones.

Luis XVI de vuelta del consejo, en el qual se resolvió este importante problema, encontró en su gabinete en vez del retrato de su abuelo que le adornaba hacia mucho tiempo, el de Carlos primero, rey de Inglaterra, que el hipócrita *Cromwel* hizo morir en un cadahalso. El desgraciado Luis XVI puso los ojos en él, los fixó por dos ó tres minutos, y comprehendiendo perfectamente lo que querian decirle los que se le habian puesto á la vista, exclamó: "ya los entiendo; pero por mas que digan, y hagan el tercer estado tendrá la doble representacion: está decidido: es irrevocable."

Apenas salió *Necker* de aquel consejo de estado, quando despachó órdenes á todas las provincias para

que las tres clases de la sociedad se reuniesen en sus *Bailiages* respectivos, á fin de que cada una nombrase sus diputados á los estados generales *en la forma que se acababa de determinar.* En estas juntas primarias se vieron los progresos que el sistema filosófico habia hecho ya; pues el tercer órden enardecido con aquellas ideas quiméricas de *libertad é igualdad* de que le habian imbuido se declaró con el mayor descaro el enemigo de los dos primeros órdenes, ultrajando y persiguiendo con el mayor encono á aquellos mismos nobles y prelados que poco antes estimaba y respetaba: tambien muchos individuos del clero interior, olvidando el respeto y subordinacion que prescriben los cánones se propasaron con los obispos y demas superiores suyos del modo mas indecente: en una palabra, estas juntas *primarias* mas bien se parecian á una arena de gladiadores que á una reunion de electores convocados para

nombrar diputados encargados de ir á remediar los males de la patria. Aunque sacerdote, debo como historiador confesar aquí en honor de la verdad, que la mayor parte de los curas de la clase inferior (por otra parte muy virtuosos, y de una conducta la mas exemplar) se habian dexado alucinar con estos escritos ponzoñosos, y tenian á los obispos y á las demas dignidades como enemigos suyos; pues nuestros filósofos hipócritas no dexaban de clamar de algunos años á esta parte contra la poca dotacion de los curas párrocos, y otros sacerdotes que tenian todo el trabajo del santo ministerio, sin tener lo *indispensable* para pasarlo con aquella decencia que corresponde á su estado, siendo así que los obispos, los abades, los arcedianos &c. &c. &c. vivian (segun ellos) con mucho luxo y ostentacion; así en casi todos los *Bailiages* el conato principal de estos curas era el nombrar por represen-

tantes suyos á los de su clase, y no á obispos, á abades &c. &c.: pero en lo sucesivo conocieron su error; y en la persecucion *inaudita* que se movió contra todo el clero en general, han manifestado un valor que solo el amor y zelo de nuestra santa religion puede inspirar á unos verdaderos ministros de Cristo; y á los que han podido emigrar, las naciones extrangeras se han esmerado en favorecerlos, á pesar de todos los esfuerzos de la filosofía moderna que siempre ha procurado hacerlos sospechosos á los gobiernos que los habian admitido.

Con aquel espíritu de partido, y en el seno de una corrupcion casi universal ¿qué felicidad podia esperar la patria de unos electores, cuyas miras eran en el todo contrarias al bien público? pues la desidia, el luxo, la avaricia, unos escritos ponzoñosos, una torpe indiferencia de las costumbres, y de la virtud de nuestros as-

cendientes, y el amor inconsiderado de novedades, tenian enagenada la razon de la mayor parte de los franceses. Todos los que estaban cargados de deudas; todos los que se veían arruinados por el juego ó la disolucion: todos los intrigantes que querian vender sus votos: los iníquos que se proponian hacer negocio con las desventuras de la Francia: los ambiciosos que se prometian usurpar con falacias, ó por fuerza las dignidades y empleos que nunca los habian obtenido en tiempos sosegados: los impúdicos, los adúlteros, los deudores petardistas, y los hombres castigados por los tribunales, se mezclaron con el corto número de gentes honradas que aun contaba la patria, y solicitaron con vigor el honor de ser como ellos vocales de los estados generales. Unas ideas pueriles, avarientas ó criminales, eran las miras de la mayor parte de los pretendientes. El interes de la causa públi-

ca no andaba menos en las lenguas que en los escritos: ¡ah, pero quán pocos lo tenian en el corazon! Los menos culpables fueron los que ardian en ridículo deseo de manifestar en un gran concurso el vano talento de hablar bien, como si se gobernaran los pueblos con discursos oratorios.

En tales circunstancias, y en medio de aquel delirio casi universal, uno puede hacerse cargo quáles habian de ser los diputados á quienes los electores darian sus votos para la representacion nacional. En muchos *Bailiages*, los mas atrevidos, los mas adictos al sistema filosófico, y menos aptos para regenerar la nacion (segun lo pretendian) fueron nombrados *representantes del pueblo frances*. Estos diputados, despues de haber recibido los *quadernos ó documentos* que cada provincia ó bailiage les entregó para presentar á la asamblea general sus peticiones respectivas, se mar-

charon á *Versalles*, impacientes de empezar quanto antes un papel que á su parecer habia de hacerlos inmortales. Se hallaron todos reunidos á fines de abril del año 1789, y el rey fixó la primera sesion para el dia 5 de mayo del mismo año, señalando para este efecto la sala llamada de *Menus*. Aquel príncipe religioso quiso que antes de empezar la sesion, se hiciese una procesion general á la que asistió S. M. con la reyna, la familia real, los príncipes, y con todos los diputados para pedir á Dios por intercesion de María santísima, principal patrona del reyno, y su especial devoto, diese buen acierto á los diputados para el bien de la religion y de la monarquía.... jamas hubo ceremonia mas tierna y magestuosa, ni que impusiese tanto respeto como esta procesion en que lucia lo mas augusto y santo de la religion, la pompa de la corte, y la porcion mas selecta de la nacion.

Los filósofos, los libertinos, los impíos que hacen burla de todo aquello que huele á ceremonias religiosas, se aprovecharon de aquella ocasion para dar palmadas á todos los diputados que sabian ser imbuidos de esa nueva doctrina anti-cristiana, y anti-social, que nos predicaban de cincuenta años á esta parte: *el duque de Orleans*, sobre todo este principal autor de todos los males de la Francia, y quizá de los de toda la Europa, este gefe de la franc-masonería francesa, y protector acérrimo de todos los impíos los incrédulos &c. &c. recibió en toda la carrera unos aplausos, unos vivas, con unos transportes de alegría tan inconsiderados, que me es imposible el describirlos aquí... el conde de *Mirabeau*, el Baron de *Menou*, y todos aquellos diputados que hacian algun papel en las sectas filosóficas, y franc-masónicas fueron aplaudidos sobre manera por toda la canalla seducida ó pagada que se ha-

llaba en la carrera. Ni el rey ni la reyna, ni ningun otro diputado conocido por su hombria de bien, ó por sus principios religiosos recibieron el mas mínimo aplauso.

Al dia siguiente y á la hora señalada, las tres clases de diputados se reunieron en la sala de *Menus* conforme el rey lo habia mandado. He aquí el número de los representantes del pueblo frances en la primeasamblea nacional.

Clero.

Entre arzobispos y obispos. . .	48
Abades, canónigos y otros eclesiásticos condecorados .	35
Curas	208

Nobleza.

Senescales.	18
Caballeros.	224
Magistrados de capitales de provincias.	28

Plebe.

Eclesiásticos.	2
Señores.	12
Médicos.	16
Alcaldes.	18
Regidores.	162
Abogados.	212
Aldeanos, propietarios, labradores y negociantes. . .	176
Total	1159

Colocadas las tres clases, segun

el uso antigo de la monarquía francesa, apareció el rey, y á su lado la reyna acompañados de toda su corte. Luis XVI se sentó en el trono. y á su izquierda en un sitial muy baxo su esposa: los príncipes, los pares y demas grandeza se colocaron á la derecha é izquierda baxo la primera grada del solio. El monarca hizo en pocas palabras un discurso tan tierno, tan político para empeñar á los representantes de la nacion á no tener otras miras sino el bien de la religion, y el alivio de sus pueblos, que todos los verdaderos amigos de la patria se deshacian en lágrimas: solo los sofistas, y los novadores manifestaron con sus gestos y ademanes que estaban incomodados; pues veían muy bien que un tal entusiasmo, si llegase á prevalecer, sería muy perjudicial á los planes de reforma y regeneracion que tenian ya acordados con los gefes de nuestros filósofos. Al concluir su discurso Luis XVI

mandó formalmente á los tres órdenes se separasen, y pasasen sin dilacion á sus cámaras respectivas para proceder á la verificacion de los poderes, y empezar quanto antes sus tareas, *segun la forma usitada* en los estados generales.

El tercer órden vió que habia ya llegado el momento favorable para aprovecharse de la superioridad que le daba la conquista de la doble representacion, y no quiso hacerla estéril. Veía sin embargo, que no podia sacar partido ínterin los dos órdenes primeros no viniesen á confundirse en su seno; porque no dexaba de conocer que aunque los asuntos debiesen decidirse á la pluralidad de votos en *cada una de las cámaras separadas*, no reuniéndose los tres órdenes, el soberano podria hacerse cargo que la voluntad de la nacion residiera siempre en las dos cámaras de los estados generales que *aprobaren ó desaprobaren* el asunto de que

se trataria; pero reuniéndose los tres órdenes en una cámara *sola*, votando por *individuos*, y siendo el número de los plebeyos igual al de las dos clases primeras, entónces el tercer estado estaria seguro de la victoria; pues un *voto solo* de algun representante de la clerecía, ó de la nobleza le daria la mayoría en todas las deliberaciones, lo que no podria verificarse si se votase por *cámaras ó secciones separadas*; pues segun la forma antigua de los estados generales el voto de dos cámaras hacia la ley, y el soberano la confirmaba: por lo mismo todo el conato de nuestros filósofos, y novadores era de que todos los representantes de la nacion se reuniesen en una *sola* cámara para deliberar *juntos* sobre los asuntos, por los quales se habia convocado: este anhelo para efectuar quanto antes la reunion de las tres cámaras en una *sola* provenia de lo que estos reformadores contaban con algunos voca-

les de las dos primeras clases para el cumplimiento de sus proyectos infernales: ¡ay de mí no estaban errados en su cálculo! ¡quantos nobles, ¡quantos curas, sin exceptuar á algunos obispos se hallaban imbuidos de los principios filosóficos! Estos judas no aguardaban sino una ocasion favorable para pasarse á los plebeyos, y ésta no tardó mucho tiempo en ofrecerse.

Conforme á las órdenes del rey, el clero, y la nobleza se retiraron quanto antes á sus cámaras respectivas para verificar los poderes de cada diputado. El tercer estado fué mas moroso á causa de las intrigas, y pérfidas insinuaciones del famoso conde *Mirabeau* que habia abrazado el partido popular; y éste en recompensa lo habia nombrado su representante á los estados generales. Acalorados con las arengas de este alborotador que hacia el principal papel en las sectas filosóficas, franc-masó-

nicas, sofística &c. &c. &c. los representantes plebeyos empezaron por manifestar su encono contra los diputados de las otras dos clases. Al entrar en la sala que les habian destinado se dieron el nombre de los *Comunes*, declarando *formalmente* que no se procederia á la verificacion de los poderes hasta que el *clero* y la nobleza se reuniese á ellos para verificarla *todos juntos*. Estas dos clases representaron que esta reunion era contraria á las órdenes del rey y á la antigua forma de los estados generales. He aquí la señal que aguardaban los filósofos, los novadores, y todos los díscolos para principiar aquella guerra terrible é intestina que ha sido tan funesta á la Francia, y que dividió toda la nacion en dos grandes partidos. En un abrir y cerrar de ojos se manifestó la mayor fermentacion en *Versalles y en París*, y bien pronto se hizo general en todas las provincias del Reyno. Los

plebeyos persistian en su resolucion, y las otras dos clases no querian ceder. En tales coyunturas los tres órdenes acordaron entre sí que varios vocales pasarian respectivamente á las tres salas para conciliar los ánimos; pero de nada sirvió: la cámara de la nobleza sobre todo oponia la mayor resistencia: su adhesion á la monarquía la hacia inaccesible á todas las intrigas y seducciones de los facciosos. No era así de la cámara del clero; pues la mayor parte de los curas adictos á la clase plebeya por los vínculos de la sangre y por sus tratos con ella, se declararon en favor del tercer estado, movidos por ciertas ideas de que nuestros filósofos les habian imbuido contra la alta clerecía. Los novadores se aprovecharon de esta desunion, que favorecia sus proyectos infernales, para esparcir en el público que las dos primeras clases no procuraban sino esclavizar la nacion, man-

tenerse en sus privilegios, y consolidar el despotismo de la corte: que solo los representantes del tercer estado trabajaban para el bien público &c. &c. &c. El pueblo frances que jamas raciocina, y sigue siempre el primer impulso que le dan, se declaró abiertamente enemigo de las dos clases primeras, y protector del tercer estado. Se agolpaba al rededor de los diputados de éste, les daba mil vivas y palmoteos, ofreciendo coronas de laurel á los principales de entre ellos; y al ver los diputados del clero y de la nobleza los acosaba con griterías, mofas, é injurias, tratándolos de *aristocratas* (1), sin hacerse cargo siquiera de un dicterio que en lo sucesivo hizo derramar tanta sangre inocente, pero que nuestros novadores y agitadores inventaron para seducir la multitud y lle-

(1) Gobierno en el que los nobles solos mandan.

varla á los últimos excesos; y si esa multitud ciega y acalorada por estos díscolos cometió en su revolucion tantos horrores, y tantas maldades, no es á ella á quien se las debe imputar sino á los infames que la seducian. "La multitud, dice un autor »célebre (2), semejante á un cuerpo »grave permaneceria siempre inmoble, »si pérfidos agitadores no la diesen »el impulso; pero una vez recibido »su movimiento es tan rápido, tan »extraordinario, y tan dificil de con»tener en sus espantosos efectos, co»mo lo es un rio quando rompiendo »los diques que le represaban se ex»tiende, destruye y arrastra consigo »quanto encuentra; así pues no debe »un gobierno desplegar la severidad »de las leyes sobre la multitud, sino »sobre los facinerosos que la extra»vian."

---

(2) Montjoye, historia de la conjuracion del duque de Orléans.

Muchos dias se pasaron así en conferencias, en disputas en acaloramientos sin determinar nada: muchos diputados de la cámara del clero parecian decididos á hacer verificar sus poderes en la cámara de *los comunes*, pero ninguno se atrevia á dar el exemplo de una separacion con el cuerpo, del qual hacia parte. En fin tres curas llamados *Gregoire, Gouttes, y Saurine* se abalanzaron los primeros á dar este paso; y en lo sucesivo, en recompensa de la traicion que hicieron á su órden, fueron nombrados obispos *constitucionales*, ó por mejor decir *intrusos*, pues fueron á ocupar las sillas de los legítimos obispos, á excepcion de *Gouttes* que fué á ocupar la de *Autun* por dimision que hizo de ella el apóstata *Talleyrand* para favorecer las miras de los filósofos, de quienes era el principal corifeo. Los tres fueron á instalarse en sus sillas *constitucionales* contra todos los cánones,

á pesar de las anatemas de la iglesia, y breves del Papa Pio VI, valiéndose de la fuerza armada para mantenerse en su intrusion. He aquí la época en que el cisma se introduxo en Francia, y principiaron en aquel desgraciado reyno las guerras de religion que hicieron quizás derramar tanta sangre como en las batallas (1).

---

(1) ¡Feliz la España que ha sabido en su revolucion precaver todas estas guerras de religion tan funestas á la sociedad!.... ¡gloria inmortal al incomparable obispo de *Orense*, que fué el primero en la península, que penetró la perfidia del opresor de la Europa, quando éste le convidó al congreso de *Bayona*, y le contestó con aquella sabiduría y teson que le distinguen entre todos los obispos de la cristiandad!... ¡feliz la España que en tiempo del intruso José Bonaparte supo librarse del terrible azote del cisma!.... La virtud y el valor, que opusieron varios sugetos á quienes el intruso brindaba con mitras, asustaron á la filosofia moder-

El exemplo que dieron estos tres curas fué seguido por muchos compañeros suyos, de manera que la cámara del clero fué reducida á los solos obispos, abades, canónigos, y á un corto número de curas que no quisieron separarse del cuerpo á que pertenecian. Debo confesar aquí, en honor de la verdad, que la mayor parte de los curas que se pasaron á *los comunes* para hacer verificar sus poderes no advirtieron el lazo que la

---

na en este reyno católico, y se vió precisada á desistir de su empeño! ....Loor eterno á los que menospreciando las promesas mas alhagüeñas, las amenazas, y aun la muerte misma, desecharon todas las ofertas del gobierno intruso, y tienen en el dia la gloria de haber libertado á su patria de una guerra de religion mil veces mas terrible que todas las otras juntas! ..... sus nombres pasarán á la posteridad, á fin de que les page el justo tributo de gracias que merecen sus virtudes apostólicas.

filosofia moderna les estaba armando; y quando llegaron á conocer su error, lo repararon de un modo que les hizo acreedores á la estimacion pública; pues en lo sucesivo rehusaron el hacer el juramento *cívico*, y se mantuvieron tan firmes como todos los demás, prefiriendo el destierro, y la muerte misma antes que ser perjuros á su religion, y á su soberano (1).

La cámara de la nobleza se hallaba en la mayor consternacion, tanto por la novedad acaecida en la del clero, como por las tramas y enredos del exêcrable duque de Orleans, que habia seducido varios condiputados suyos, todos adictos á la sazon al sistema filosófico y sofistico, y procuraba ya poner en execucion el plan infernal que meditaba de algu-

(1) Véase á Barruel en su historia de la persecucion del clero de Francia.

nos años á esta parte, de mudar la dinastía reynante, y hacerse proclamar rey por los diputados actuales. Llegó á corromper con sus alhagos, y promesas hasta noventa y seis vocales de su cámara, y logró reunirlos al tercer estado. Con este refuerzo el dia 17 de junio del año de 1789 *los comunes* se declararon de su propia autoridad *asamblea nacional*. Sin embargo las dos cámaras del clero y de la nobleza subsistian aun; y nuestros novadores no dexaban de conocer que nada podian emprender hasta que todos los vocales de ellas fuesen reunidos á los plebeyos. Para conseguirlo recurrieron á un expediente muy estraño. Sus emisarios publicaron por todas partes, y *con mucha maña*, que esta terquedad del clero y de la nobleza en no querer reunirse á *los comunes* sería la causa de que el rey fuese asesinado, si persistian en quedar en sus cámaras separadas. La familia

real, sus amigos, y todos aquellos que eran adictos á la monarquía dieron crédito á estas voces esparcidas de propósito para exâsperar á la multitud contra el clero y la nobleza; á cuya resistencia era un obstáculo insuperable á los proyectos de estos *reformadores ó regeneradores*; pues en todas las revoluciones el terror detiene á los buenos y favorece á los malos y á los atrevidos para llegar á sus fines.

Queriendo Luis XVI. poner fin á una separacion que veía ser el pretesto de las turbulencias, mandó al duque de *Luxembourg*, que presidia lo nobleza, dixese de su parte á su cámara que se reuniese sin tardanza al tercer estado. . El duque de *Luxembourg* representó á S. M. con mucha energía, y con un espíritu profético las resultas fatales que esta reunion iba á traerle, haciéndole observar al mismo tiempo "que los es-»tados generales, de qualquier mo-

„do que estuviesen compuestos, sien-
„do divididos en tres cámaras, se-
„gun la forma antigua del reyno
„serían sus vasallos, pero reunidos
„no le reconocerian yá por su rey,
„á causa del poder sin límites que
„exîstiera en ellos en todo su vigor;
„entonces este poder enorme llegaria
„á un tal grado, que la autoridad
„soberana quedaria como nula en su
„presencia..." Mr. de Luxembourg, repusó el rey: "tengo hechas esas „reflexîones, y estoy determinado á „todos los sacrificios: *yo no quiero „que perezca por mi causa un solo „hombre.* Decid pues al orden de la „nobleza, que la suplico se reuna „á los otros dos; si esto no es bas-„tante, *yo se lo mando como su rey, „yo lo quiero.*"

Estas palabras *yo se lo mando como su rey, yo lo quiero* determinaron á la nobleza á no hacer mas resistencia, y se puso á la discrecion de su enemigo. La cámara del

clero siguió su exemplo, y así es como la victoria fué completa para los plebeyos: ya no hubo en Francia mas que el tercer órden: los otros dos se miraron como víctimas destinadas á ser inmoladas. Sin embargo conviene confesar aquí, que no todos los diputados de la clase plebeya estaban imbuidos de los principios filosóficos: habia entre ellos muchos hombres de bien, amigos de la religion, del rey, de la patria, y enemigos declarados de aquella doctrina anti-cristiana y anti-social que se nos predicaba de cinquenta años á esta parte; pero las intrigas, la seduccion y el terror llegaron á triunfar de su resistencia al sistema del dia, y concurrieron, sin quererlo, á los desastres de su desgraciada patria.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

Reunidos ya todos los diputados del reyno en una sola cámara llamada *asamblea nacional*, nuestros filósofos y novadores empeñaron al pueblo á celebrar esta reunion como la época mas feliz de su regeneracion, siendo así que fué el principio de sus desgracias. La alegría que manifestó el populacho en aquella ocasion llegó á ser una especie de delirio y locura. Con la tal *reunion* se creyó haber logrado esa felicidad decantada que le prometian de algunos años á esta parte; felicidad que verdaderamente no era sino una patraña, un cebo para alucinar á la plebe, cuya credulidad y ceguedad, hacian la principal fuerza de estos pretendidos filósofos, de estos regenerado-

res que han causado tantos males á la sociedad, y han perturbado á la Europa entera. Los primeros decretos que dió *la asamblea nacional*, fueron: *la abolicion* de toda distincion de clases: la *libertad é igualdad* establecidas entre todos los franceses: la *libertad indefinida* de la imprenta: los *derechos* del hombre y del ciudadano.... Esta es la época en que principiaron las desgracias de la Francia; pues so pretexto de esta *libertad é igualdad* tan mal entendidas, los facciosos acalorados por los emisarios de nuestros filósofos, novadores y regenadores se entregaban á los mayores excesos, despreciando todas las autoridades, y teniendo por enemigos suyos á todos los individuos que hacian algun papel en la sociedad. Así los títulos, los empleos de alta gerarquía, las dignidades; las riquezas, la distribucion de los oficios tanto en lo civil como en lo militar, llegaron á ser un motivo de insurrec-

cion; pues los mas ignorantes de la sociedad, con el achaque de que todos los hombres eran iguales, pretendian tener derecho á todos los empleos de la nacion, sin hacerse cargo de que les faltaban la instruccion y talentos necesarios para desempeñarlos.

Por la misma razon, y tambien con achaque del decreto de *libertad*, el dia 14 de julio de 1789, la multitud movida siempre por los díscolos se reunió delante de la *Bastilla* (1) y empezó por embestir aquel castillo. De una y otra parte se peleó con el mayor furor, y hubo mucha mortandad, principalmente de parte de la multitud; pero al cabo ésta venció, y pasó indistintamente á cuchillo á toda la guarnicion. Cogieron á Mr. de *Launay* su gobernador, y le dieron la muerte mas

(1) Castillo en París para los reos de estado.

cruel é ignominiosa; pues la canalla le arrastró por todas las calles, haciendo mil añicos su cuerpo. Enardecida con estos deplorables sucesos, la multitud señaló tambien aquel dia del 14 de julio con unas atrocidades inauditas, que fueron el preludio de otras tantas que serán un borron eterno para la nacion francesa. Asaltó la casa de Mr. *Bertier*, intendente de París, y despues de haberle quitado la vida á porrazos, un caníbal metió las manos en las entrañas que palpitaban aun, y arráncandole el corazon, lo paseó por la ciudad en la punta de su sable. En aquel mismo dia, á Mr. de *Fleselles*, *prevot des Marchands* (director general de la cámara del comercio) al baxar la escalera de la casa del ayuntamiento, un joven le disparó un pistoletazo; luego que cayó en tierra cargó sobre él la multitud, y cortándole la cabeza, la llevaron en triunfo con la de Mr. de *Foulon* su

compañero, y encargado del abasto de la capital. En medio de estas atrocidades no se oían sino los gritos mil veces *repetidos*, *viva la libertad.* La multitud embrutecida, y sedienta de sangre rompió todo freno, y se abandonó á los últimos excesos, olvidándose de todo sentimiento de religion, y humanidad; y en lo sucesivo su entusiasmo por esta *libertad* anti-social llegó á un tal grado, que los generales franceses para animar á sus soldados no les decian sino estas palabras::: „soldados vais á »pelear por la *libertad*.. adelante por »la *libertad*„.. á esta voz de *libertad*, nuestros *Sans-culotes* se arrojaban con furor en los mayores peligros, cantando esas coplas homicidas, tan conocidas en toda la Europa *za-ira*, *za-ira*, y sacrificando á porfia sus vidas para lograr un bien quimérico, y destructor de todo órden social.

Estas escenas de horror abrieron los ojos á los amigos de la revolu-

cion, á los diferentes y á los incautos: todos previeron las desgracias que iban á suceder. Los filósofos, y los novadores, temiendo el perder el trabajo de tantos años, procuraron acelerar la marcha de la revolucion por medio del exêcrable duque de Orleans, brindándole con la corona de Francia, que sabian anhelaba, y que por lo mismo se habia declarado el enemigo de la familia real, y el protector de todos los díscolos, los impíos, los incrédulos &c. &c. &c. Este infame príncipe cayó en el lazo que le armaban, sin hacerse cargo de que estos filósofos, y regeneradores odiaban á todo lo que olia á soberanía, ó dignidad real, tan contraria á su sistema de *igualdad*: pero para el cumplimiento de sus proyectos infernales, necesitaban de sus riquezas, de su nombre, de su encono contra la corte, y del apoyo que hallarian en las legiones de sediciosos pagados por aquel príncipe. No contentos to-

davía con el amparo del duque de Orleans, recurrieron á un expediente bien digno de ellos. Veían con disgusto que algunos escritores, valiéndose tambien de la libertad de imprenta decretada por la primera asamblea nacional, impugnaban su doctrina con unas razones sin réplica, y se hacian varios prosélitos; para quitarles el crédito, é impedirles de escribir, reunian la multitud contra ellos, atropellándoles, y representándoles como enemigos de la revolucion, y subversivos del órden social. Así poco á poco esta filosófia hipócrita, que habia solicitado con tanto empeño la libertad *indefinida* de la imprenta, llegó en lo sucesivo á apropiársela para sí sola.

Tal era el sentido que los sediciosos daban á la palabra *libertad*, decretada por la primera asamblea nacional. Con el tal decreto á su modo de entender todo les venia á ser lícito; así no hay que ex-

trañarse de las atrocidades, que el pueblo cometió en el dia 14 de julio. No es menos risible la interpretacion que daban á la palabra *igualdad*, tambien decretada por la primera asamblea nacional; pues la plebe, y la gente seducida ó pagada por los novadores, no dexaban de clamar, que no habiendo ya destruccion alguna entre los franceses, tampoco habia de haberla en el tratamiento: así la palabra *citoyen* (ciudadano) se substituyó á la de *monsieur* (caballero) que se habia usado hasta entonces; y con estas ideas, las clases mas ínfimas de la sociedad se hacian alarde de ser iguales á los primeros personages de la nacion, sin reflexîonar que esta *igualdad* quimérica no puede exîstir sino delante de Dios, y de la ley que hacen á los hombres iguales sobre este particular, y que por lo demas en toda sociedad bien ordenada ha de haber una gerarquía en que los talentos,

las riquezas, el nacimiento, y la educacion siempre han de tener una superioridad. En lo sucesivo la locura de los franceses llegó á tal grado, que en la tercera asamblea nacional se dió un decreto para que *todos los franceses se tuteasen*, á fin de que esta libertad fuese mejor establecida entre el padre y el hijo, el criado y el amo. En medio de aquel delirio universal, no habia individuo por ignorante que fuese, que no se creyese capaz de desempeñar el empleo de corregidor, de gobernador, de general, de representante del pueblo &c. &c. Así nuestros novadores iban seduciendo á la multitud para llegar á sus fines.

Desde aquella época del dia 14 de julio de 1789 hasta los dias 5 y 6 de octubre del mismo año, la Francia se halló en la mayor combustion y desorden. La multitud ciega con estas ideas de *libertad é igualdad* y excitada por los escritos de los nova-

dores, declaró una guerra abierta al clero, á la nobleza y á los ricos. Los motines se sucedian los unos á los otros sin intervalo y por todas partes..

Los asesinatos de un sinnúmero de nobles, de sacerdotes y de ricos en casi todas las provincias; el monopolio sobre los granos; las maniobras del infame duque de Orleans para la exportacion de todo el trigo de Francia, á Ingalaterra, á Holanda, hasta en las Américas; los proyectos infernales de este perverso para afligir al reyno con una hambre general; el levantamiento repentino de todas las provincias; las sumas inmensas que gastó para corromper las tropas, y hacer asesinar á los oficiales que quedaban fieles al rey, y á la patria; los alborotos que hubo sobre este particular en todas las guarniciones; las cantidades incalculables que repartió por todas partes para levantar al populacho, los saqueos, los asesinatos, los incendios, todos estos pormenores

ofrecen una tarea, que por sí sola exîge varios volúmenes; pero apuntándolos debo advertir que todos los agentes de que se valian nuestros novadores eran unos hombres, sin religion, sin costumbres, sin honor, é imbuidos del sistema filosófico, y que en lo sucesivo fueron los satélites *de los Robespierre*, *de los Marat*, *de los Brissot*, *de los Chabot*, *de los Danton &c. &c. &c.* y de todos aquellos que tuvieron el mando para destrozar, y asolar á la desgraciada Francia.

Una de las mas terribles épocas de la revolucion francesa, fueron los dias memorables de 5 y 6 de octubre de 1789. Habia ya algun tiempo que los emisarios de nuestros filósofos, no contentos todavia con los varios desórdenes que habian movido en todas lás provincias con aquellas ideas de *libertad é igualdad*, procuraban excitar un motin, en el que pudiesen comprometer á

la corte, al rey, y principalmente á la reyna tan indignamente calumniada por los sediciosos, y cuyas calumnias servian de pretexto para el cumplimiento de sus proyectos infernales; pero lo venidero ha probado bien claramente, quán injusta era la preocupacion que estos perversos habian sugerido al pueblo contra una princesa, cuyo mérito superior á todo elogio, está en el dia de hoy bien conocido, y merece que la historia la ponga en el número de las primeras heroinas del siglo próxîmo pasado. No faltaba á estos infames, para el motin que proyectaban, sino una ocasion oportuna, y ésta se les ofreció mas pronto de lo que pensaban: he aquí como.

El conde *d'Estaing*, comandante de la guardia de *Versalles*, y la municipalidad de aquella ciudad, representaron al rey, que sería muy apróposito mandase venir algun regimiento de línea; pues segun ellos,

el palacio, y *Versalles* estaban amenazados de una próxîma inundacion de foragidos. El rey consintió en ello, y en consecuencia mandó al regimiento de *Flandes* viniese al instante. Antes de entrar en aquel sitio real, los sediciosos empeñaron á un oficial de la guardia nacional, fuese delante de aquel regimiento, suplicándole substituyese la escarapela nacional á la blanca que siempre se habia estilado. Todos gritaron á una voz: *viva el rey*, *ningun otro color sino el de Francia.*

Estaba en uso entre los cuerpos militares franceses, que luego que un regimiento llegaba á una ciudad, el que estaba de guarnicion daba un convite al recien llegado. En atencion á esto, los guardias de Corps suplicaron á S. M. les permitiese convidar á los oficiales del regimiento de *Flandes* en el salon de la ópera que estaba perfectamente alhajado. El rey lo concedió gusto-

so. El conde *d'Estaing*, y veinte oficiales de la guardia nacional asistieron á aquel convite que se dió en el dia primero de octubre. Pusieron sobre el teatro una mesa de trescientos cubiertos: la música del regimiento de *Flandes*, y las trompetas de los guardias de *Corps* se colocaron en la orqüestra: los soldados en el patio, y los aposentos estaban llenos de curiosos de todas clases.

Al principio de la comida tocaron arias de diversas óperas: al fin del primer servicio brindaron por la salud del rey, de la reyna, y del delfin: las trompetas, los timbales, y otros varios instrumentos de musica hacian retumbar el ayre con los sonidos mas gustosos, y los aplausos universales se mezclaron con el ruido de la música. Impelidos de aquel entusiasmo general los soldados suben al teatro, piden vasos, beben á la salud del rey, y las aclamaciones resuenan por todas partes.

Al segundo servicio el rey, la reyna, el delfin, y la jovén princesa hija del rey se presentan en el anfiteatro. La vista de esta augusta familia llena á todos los corazones de la mas dulce conmocion. Quando estas personas reales se retiraron, los gritos mil veces repetidos de *viva el rey*, *viva la reyna*, *viva el delfin* les siguieron. Los soldados suben al anfiteatro para disfrutar mas tiempo de la vista de sus soberanos.

Un instante despues el rey y la reyna se presentaron sobre el teatro, dieron la vuelta á la mesa, y saludaron con afabilidad á todos los convidados sin permitirles que se levantasen. La reyna llevaba de la mano á la princesa su hija, y un oficial de guardias de *corps* llevaba en los brazos al delfin. Al contemplar esta familia, despues tan desgraciada, todos los corazones se conmovieron, y todos los ojos se llenaron de lágrimas. Ah! los mios tam-

bien con este triste recuerdo, se llenan de ellas, y caen sobre estos renglones....¿habrá un solo frances, un solo hombre tan insensible, que no las derrame muy amargas, acordándose de la afrentosa suerte que ha cabido á estas augustas víctimas? ¿quien hubiera dicho á aquella multitud embriagada de alegria á la vista de sus soberanos, que les veria un dia....¿me atreveré á decirlo?... que veria un dia á Luis, á su consorte, y á aquella princesa (1), cuya vida pura é inocente, y cuya alma celestial hacian dudar si era algun angel, ó alguna mortal? ¿es cierto que el cadahalso ha sido el premio de la piedad fraternal, y del afecto mas heroico? ¡que siglo! ¡que costumbres! si una injusticia de esta naturaleza puede repararse esta debe

---

(1) Madama Isabel que fué guillotinada en 22 de mayo de 1794: era hermana del desgraciado Luis XVI.

serlo por nuestros venideros. La humanidad levantará un dia estatuas á Isabel, y la religion quizás la erigirá altares. ¿Que habia hecho aquel joven príncipe (1) para que ni su candor, ni la inocencia de su edad hubiesen podido ablandar la ferocidad de sus carceleros? ¿por que ha debido perecer *lentamente* entre crueles tormentos? ¿que fruto ha sacado la política del largo martirio de este niño? ¿que hizo su hermanita (2) para ver la primavera de su vida eclipsarse en la obscuridad de un calabozo... pero ¿que hago?... olvido que no cumplo con lo que he prometido al principio de mi obra, el no meterme en discusion alguna. Lectores honrados, y sensibles per-

(1) El delfin, hijo de Luis XVI. de edad de siete á ocho años.

(2) Madama Carlota, hija de Luis XVI, casada en el dia de hoy con el duque de Angulema, su primo carnal.

donadme esta digresion. El hablar de unos acuerdos tan tristes para mí es un alivio á mi dolor; pues estas catástrofes hicieron en mi corazon una herida tan profunda que un transcurso de mas de veinte años no ha podido cicatrizarla; y aunque viviera siglos y mas siglos, nunca jamás se borrarán de mi memoria: así espero os hareis cargo de mi sensibilidad, y que participareis de ella: sigo mi relacion.

Habiéndose retirado la familia real; cada uno para prolongar el encanto de esta fiesta corrió detras de ella: en un instante el salon quedó desierto, y la música se trasladó al patio llamado de *Marbre*: allí oficiales, soldados de línea, guardias nacionales, hombres de todas clases y condiciones se mezclaron indistintamente, y executaron algunos bayles debaxo de los balcones de la habitacion de S. M. El rey y la reyna sensibles á las bendiciones de que les

colmaban salieron á los balcones. Entonces los granaderos queriendo darles la imagen de un asalto, treparon por las columnas, y escalaron los balcones: acabado este juego inocente, así como las danzas, cada uno se retiró con quietud para no turbar el reposo de la familia real: he aquí sin mas ni menos, y lo protesto delante de Dios y de los hombres, quanto pasó en aquella fiesta, que en lo sucesivo sirvió de pretexto á los sediciosos y á los novadores para cometer en los dias 5 y 6 de octubre unas atrocidades que se hacen increibles; ved aquí, pues, las interpretaciones que estos perversos dieron á las diferentes particularidades que acabo de referir.

Teniendo á su disposicion, como he dicho ya, al duque de Orleans, á quien habian engañado con la promesa de ceñir su cabeza con la corona de Francia, tuvieron varios conciliábulos en el palacio de este

príncipe, admitiéndole á ellos porque necesitaban de su nombre y de su dinero para el cumplimiento de sus proyectos; en estos conciliábulos convinieron en lo siguiente. Que llamando el rey al regimiento de Flandes á *Versalles* no habia tenido otro objeto sino disolver la asamblea nacional: que el convite dado por los guardias de corps era un pretesto para conjurar contra ella: que tocando el aria: *ó Ricardo ó mi rey! el universo te abandona* era una afectacion sediciosa para dar á entender que el rey estaba abandonado, y amenazado por los diputados: que el asalto figurado por los granaderos era una semejanza de lo que querian hacer contra la asamblea nacional: que en la comida solo se habia brindado por la salud del rey y no por la de la nacion, lo que era un desprecio: que esa comida en un tiempo de miseria, era un escandalo, un insulto á la miseria pública; y que

así nadie se estrañaria del motin que hubiese sobre este particular. Dispuesto así este plan se convinieron en enviar á París sus emisarios para fraguar una sedicion, en la que el rey, la reyna, y toda la familia real serian degollados.

Era el dia 3 de octubre en que los gefes de nuestros filósofos y novadores tomaron esta determinacion; y en el dia 4 el marques de *Lafayette* advirtió en las compañías del centro compuestas de los antiguos guardias francesas, un movimiento inquieto que anunciaba una explosion espantosa y muy próxîma; pero este general no acababa de comprehender la causa de esta agitacion. En este mismo dia 4 algunos granaderos ex-guardias francesas vinieron de París á *Versalles*, y trataron de excitar una sublevacion. Habiéndoles preguntado uno por qué alborotaban, todos con poca diferencia contestaron en estos términos: "he-

»mos venido aquí á tomar lenguas, »y buscar instrucciones, y bien pron- »to volveremos á restablecer el or- »den:" estas palabras dan á entender claramente que los gefes de los sediciosos estaban en *Versalles*.

En la tarde del mismo dia 4 los facinerosos pagados por el duque de Orleans empezaron á difundir algunas de las imposturas que habian de servir de pretesto á los asesinos: uno de los oradores exclamó diciendo; que los guardias de corps eran unos pícaros, que en el convite dado al regimiento de *Flandes* habian menospreciado á la asamblea, pues no habian brindado á su salud, y que habian pisado la escarapela tricolor. En otro grupo, el negro que todos conocian ser del duque de Orleans gritaba al pueblo con toda la fuerza de sus pulmones, que los guardias de *corps* eran unos malvados que habian conspirado contra la asamblea nacional. En lo restante de la

tarde se manifestó tal fermentacion que los amigos del rey, y de los guardias de corps despacharon varios correos á los ministros para darles parte que iba á estallar la mas terrible insurreccion, pero ninguno de estos señores hizo caso de estos anuncios, lo que confirma que algunos de estos ministros estaban de acuerdo con nuestros filósofos ó novadores.

Durante la noche, los emisarios de los sediciosos recorrieron todas las casas de los tahoneros, para empeñarles con amenazas, ó con dinero á que dexasen las hornadas que tenian preparadas para el dia siguiente. En efecto, en la mañana de 5 de octubre, en algunos barrios y particularmente en la plaza de *san Eustaquio* y en los arrabales de *san Antonio* y *san Marcos*, faltó absolutamente el pan, así como en todas las otras partes en que vivian los menestrales, y la gente pobre. Los sediciosos habian

empleado toda la noche en acalorar á la multitud para principiar el motin que habian fixado para aquel dia 5 de octubre.

Desde la madrugada las mugeres semejantes á las furias corrian los arrabales de *san Antonio* y *san Marcos*, se exparcian por la plaza de *san Eustaquio*, se arrojaban sobre las personas de su sexô que encontraban al paso, prefiriendo siempre las que estaban mejor vestidas para llevarlas consigo: asimismo entraban á la fuerza en las casas y en las tiendas, y arrebataban á las madres y á las hijas: entre las primeras las hubo que tuvieron que dexar el niño de pecho á quien alimentaban: se encontraban entre estas furias muchos hombres vestidos de mugeres.

Este tropel llegó á la plaza de *Greve* (1) gritando *pan*, *pan*: los repre-

(1) Plaza en donde ajustician á los reos.

sentantes del ayuntamiento no estaban reunidos aun en la casa consistorial ; pues eran las siete de la mañana , y una débil guardia defendia la municipalidad. Al mismo tiempo los facciosos entraron en la plaza con un infeliz tahonero á quien los emisarios del duque de Orleans , principal instrumento de que se valian nuestros reformadores , habian prohibido distribuir pan, y no habia obedecido: baxan la fatal linterna (1), una muger presenta una cuerda nueva , la pasan por la polea de la linterna , y el pobre tahonero iba á ser colgado

(1) La linterna de que tanto se habló al principio de la revolucion francesa, y que servia para las venganzas populares, es el pescante de hierro que sostiene á los faroles que alumbran las calles durante la noche ; de manera que en todos los motines los sediciosos tenian siempre á mano el patíbulo ; pues el primer farol que encontraban los servia de horca.

quando *Gouvion* mayor general de la milicia parisiense, que se hallaba á la sazon en la plaza de *Greve*, vuela al socorro de la víctima, protege su fuga, y escribe al mismo tiempo á todos los distritos para que abancen tropas.

Interin las mugeres que se habian reunido en gran número delante de la casa consistorial, cargan con furor sobre la guardia á caballo que defendia los terraplenes, la hacen retrogradar hasta la calle del *Carnero* y vuelven á sitiar las puertas: la infantería parisiense, que al aviso de *Gouvion* se puso en marcha, llega, y se coloca entre la casa consistorial, y los sitiadores; forma un batallon quadrado, y presenta una selva de bayonetas: las mugeres hacen llover sobre ellos una nube de piedras: el batallon se rompe y se dispersa: entonces aquellas furias se precipitan en las salas, gritan que quieren *pan y armas*, que el corregidor *Bailly*, el

general *Lafayette*, y todos los miembros de la municipalidad son unos malvados, y que los quieren *internar*: algunas intentan forzar el almacen de armas, hombres armados de picas, de hachas, de martillos, y clavas se reunen á ellas, rompen las puertas, y hacen la conquista de dos cañones, de ochocientos fusiles y de una multitud de diversas armas.

Otras mugeres escoltadas de semejantes bandidos penetran en los depósitos de balanzas, pesos y marcas, y se llevan un talego de dinero. Un tercer destacamento escala la torre del relox: allí encuentran á un eclesiástico miembro del ayuntamiento llamado *Lefevre*, que estaba escondido: le echan una cuerda al cuello y le cuelgan de una viga, en donde hubiera perecido si una muger menos inhumana que sus compañeras no hubiera cortado la cuerda quando aquellas se alejaron.

Despues de estas diversas expedi-

ciones, las mugeres gritaron que querian arruinar y reducir á pavesas la municipalidad, y presentarse en *Versalles* á pedir pan al rey, y hacer que la asamblea nacional les diese cuenta de todo lo que habia decretado hasta aquel dia. Al oir estos gritos un tal *Maillard*, uno de los facinerosos del Duque de Orleans, se presenta al grupo de aquellas mugeres, les ofrece llevarlas á *Versalles*, y baxa con ellas á la plaza de *Greve*: allí se apodera de un tambor, toca llamada, y se pone á la cabeza de la turba mugeril, las unas llevan caballos, las otras van sentadas sobre los cañones con mecha encendida y señalan los campos Elíseos (1) para la reunion general: la mayor parte se presenta en efecto en ellos y el resto se distribuye por las calles para reclutar mas tropa de mugeres.

---

(1) Uno de los mejores paseos de París.

Este estraño exército se reunió al fin en los campos Elíseos, baxo las órdenes *de Maillard*: habia cerca de ocho mil mugeres armadas de palos de escoba, otras de asadores, aquellas de lanzas, estas de fusiles, algunas de pistolas, y las demas de hoces. *Maillard* las arenga y toman el camino de *Versalles*, precedidas de muchos tambores, y rodeadas de una tropa de hombres horrorosamente armados, pagados y escogidos á propósito por los sediciosos, á fin de sugerir á aquellas mugeres los embustes que habian de servir de pretexto á sus proyectos de revolucion. Desde que principiaron estos movimientos, no cesaban de tocar á *rebato y al arma* por todas partes. En fin quando la insurreccion llegó al punto deseado, los principales conjurados que habian pasado la noche en París para dirigir los movimientos populares, se volvieron á *Versalles*, pasaron á propósito por medio de la

tropa de *Maillard*, á la que dieron muchos vivas, y ésta les correspondió.

Mientras que las mugeres tomaban el camino de *Versalles*, toda la fuerza armada de París se reunia en la plaza de *Greve*: los ex-guardias francesas mandaron *imperiosamente* á la municipalidad que se reuniese sin dilacion, y obedeció. *Lafayette* entra en la junta de policía, y despachó correos á la asamblea nacional, y á los ministros, instruyéndoles de la situacion de la capital, y de los peligros que amenazaban á *Versalles*. Mientras que se ocupaba en estos despachos, entran unos granaderos, y uno de ellos le habla así: »mi ge»neral somos diputados por las seis »compañías de granaderos: no os »creemos un traidor, pero sí que el »gobierno nos vende: ya es tiempo »de que todo esto se acabe, nosotros »no podemos volver las bayonetas »contra las mugeres que nos piden

»pan. La comision para los víveres »malversa los caudales, ó es incapaz »de administrarlos: en qualesquiera »de los dos casos es menester mu- »darla. El pueblo es desgraciado, la »causa del mal está en *Versalles*, es »menester ir á buscar al rey, y traer- »lo á París, exterminar al regimien- »to de *Flandes* y á los guardias de »*Corps*, que se han atrevido á pisar »la escarapela nacional: *Si el rey es »demasiado débil para llevar la coro- »nā, que la abdique: nosotros corona- »remos á su hijo, nombraremos un »consejo de regencia, y todo irá me- »jor.*

No hay duda que nuestros nova- dores habian enseñado la leccion á éste hombre; porque un soldado no suele explicarse asi: "¿qué, les dixo »*Lafayette*, teneis ánimo de hacer la »guerra al rey y precisarle á que nos »abandone? Mi general, respondió »el granadero, lo sentiriamos mucho »porque lo amamos de veras. No nos

»dexará, y si nos dexase.... tenemos »al delfin." *Lafayette* quiso insistir... »mi general, replicó el granadero, »no os canseis; el pueblo es infeliz, el »origen del mal está en *Versalles*, es »preciso ir á buscar al rey y traerle á »París: todo el pueblo lo pide.

Entonces *Lafayette* baxa á la plaza, y quiere arengar á las compañias del centro; pero apenas empezó quando por todas partes le gritan: *á Versalles, á Versalles*: no sabiendo que partido tomar despacha otro correo á la corte y hace suplicar al corregidor *Bailli* venga á arengar á la multitud: pero apenas le ven entrar en la plaza quando le silvan, le befan y gritan: *pan, pan, á Versalles, á Versalles.* El corregidor asustado con estos gritos va á encerrarse en la casa de corregimiento, y *Lafayette* sube sobre su caballo blanco, se pone al frente de su exército y dice que espera que la municipalidad le prescriba lo que ha de hacer. " ¿que es eso de ayun-

»tamiento? le gritan: ¿no es al pue-»blo soberano á quien toca mandar? »es preciso que Mr. de *Lafayette* mar-»che: todos lo queremos."

En tales coyunturas el general, el corregidor, y la municipalidad, se hallaban en la mayor consternacion sin saber qué determinar. Ceder á una multitud alborotada era darla alas, emplear medios de rigor para contenerla, iban á correr arroyos de sangre, mientras tanto los arrabales de san Antonio, y de san Marcos parecia vomitaban sobre la plaza de *Greve* enxambres de hombres armados de picas, garrotes, hachas mazas, cuchillos y otras armas semejantes: todos los cañones de los distritos se reunian con precipitacion. Los gritos de muerte se mezclaban con los de *pan* y á *Versalles*: los lamentos lúgubres con las amenazas mas sacrílegas, que hubieran atemorizado á las almas mas fuertes, resuenan por todas partes. *Lafayette* muda cien ve-

ces de color ; empieza á desconfiar de la salud del imperio, y de su propia vida. En fin despues de cinco horas de deliberaciones, los miembros de la municipalidad se determinan á mandar por escrito al general *Lafayette* se transfiera á *Versalles*. Despues de haber leido el escrito del ayuntamiento, *Lafayette* se puso pálido, miró al rededor de sí, y dió temblando la órden de marchar: iba á la cabeza de toda esta tropa de sediciosos, aparentando mas bien un reo que se lleva al suplicio, que un general que manda.

Todos los vecinos de *Versalles* sabian el alboroto que habia en París: solo el rey y la familia real lo ignoraban; pues los ministros habian ocultado todos los partes que habian recibido sobre el particular. No hay que estrañarlo. El *empírico Necker*, el déspota del consejo del rey, el corifeo oculto de los filósofos y novadores, tenia el mayor interes en que Luis XVI

nada supiese de lo que pasaba, esmerándose siempre en ocultarle todo aquello que hubiera podido impedir una revolucion en la que tuvo la principal parte. Aquel infame tuvo aun la increible osadía de acelerar la salida del rey para *Meudon* en donde tenia aquel dia una batida de caza.

Ya habia llegado en fin aquel dia tan deseado por nuestros filósofos, reformadores, novadores y republicanos. El duque de Orleans, el *maniquí* de todos partidos, aquel *rey infieri* creyó que estos sediciosos iban en fin á ceñirle una corona que anhelaba desde tanto tiempo, y que iba á vengarse de todos los desaires que le hacian el rey, la reyna, la familia real, y todos los hombres de bien que habia en Francia. Todos los cómplices de este príncipe, *Mirabeau*, *Sieyes*, *Biron &c. &c.* así como todos los sectarios, todos los inovadores, todos los diferentes partidos se reunian en sus *Clubs* res-

pectivos: acaloraban á sus consocios, diciéndoles que habia llegado ya aquel momento favorable para poner en execucion sus proyectos; que el pueblo estaba en su favor; que pronto llegaria *á Versalles* un exército numeroso que destruiria para siempre el despotismo de la corte, estableceria sobre unas bases inmobles la *libertad é igualdad*, y que la nacion iba á ser feliz.

Al salir de sus *clubs* los emisarios de estos perversos se esparcian por todas partes, imbuían á los incautos y á la plebe de sus máximas diabólicas; sobre todo no dexaban de insinuarles que el clero, la nobleza, y otros enemigos de la *felicidad* de la nacion preparaban una contra-revolucion, y querian llevar al rey á *Metz* para declarar la guerra á la asamblea nacional. Estas voces corrian por todas partes, y acaloraban de tal modo á la multitud, que los diputados del clero,

de la nobleza, y los del tercer estado, que quedaban adictos á la buena causa, estaban sin cesar amenazados con la *linterna*. Hasta en el seno mismo de la asamblea nacional se oyeron los mismos gritos. Las galerías sobre todo se hallaron aquel dia llenas de tantos sediciosos pagados por el duque de Orleans, que no dexaban hablar á ningun diputado realista: su insolencia llegó á tal grado, que algunos diputados se levantaron exclamando: "Pues qué »los individuos de las galerias quie»ren tener parte en nuestras delibe»raciones: báxense á esta sala, y »tomen nuestros asientos; saldremos, »y nos iremos á nuestras provincias....." Estas palabras, y el ademan de algunos diputados en querer salir, aplacaron el alboroto de las tribunas; pero se veía el furor pintado en todos los rostros de aquellos díscolos.

Los diputados novadores y re-

formistas instruidos de las fuerzas que llegaban de París se quitaron en fin la máscara, y manifestaron claramente sus proyectos infernales: su delirio llegó al mas alto punto. "Señores, dixo uno de los diputados »reformistas, el rey ha hecho un »reglamento para la execucion de »uno de nuestros decretos, y me admiro mucho de encontrar este re»glamento quando estamos nosotros »en *Versalles*. ¿Qué poder hay so»bre el nuestro, dixo otro? No somos, »dixo el tercero, superiores al poder »executivo? Añadid, dixo el quarto, »y tambien superiores al poder le»gislativo, porque somos el poder »constituyente."

El tumulto no hacia mas que aumentarse: la discusion se enardeció de tal modo, que de repente el orleanista *Petion* se levanta y dice: "Denuncio á la asamblea nacional »la fiesta dada por los guardias de »Corps al regimiento de Flandes."

Esta fué la primera vez que se habló en la asamblea de este convite, y el momento en que se hizo es digno de notarse; pues se aguardó á que todo el pueblo estuviese bien imbuido de los embustes que los emisarios estaban encargados de esparcir sobre el particular, y que habian de servir de pretexto para asesinar á aquellos militares; pero *Petion* se guardó de hablar del cuento de la escarapela nacional, pisada por los guardias de Corps, como lo publicaban los sediciosos. Se quejó solamente del objeto de esta comida, de que la familia real se hubiese encontrado en ella, y por último de la aria ¡*O Ricardo ó mi rey! el universo te abandona!* lo que era un agravio para la asamblea, á quien los malévolos, segun ellos, imputaban que queria separarse del rey.

Habiendo acabado de hablar *Petion*, el cura *Gregoire* se levantó y

dixo que apoyaba la denuncia del preopinante: "Y yo tambien, (gritó el marqués de *Monspay*, diputado de la nobleza, ó individuo del cuerpo de guardias de Corps,) pido que Mr. *Petion* redacte por escrito, firme, y deponga en la secretaría la denuncia que acaba de hacer..... *Petion* calla; pero el ateista *Mirabeau* que en estos momentos de borrasca tenia una petulancia extraordinaria, se vuelve ácia el marques de *Monspay*, y le dice: "Yo estoy »pronto á dar todos los pormenores, »y á firmarlos; pero pido antes que »la asamblea nacional declare que »*solo el rey es inviolable*, y que to»dos los demas individuos del rey»no *qualesquiera que sean*, estan su»jetos á la responsabilidad ante la »ley."

El sentido de estas palabras no era equívoco: cada uno comprehendió que esta amenaza se dirigia á la reyna, tan indigna é injustamente

calumniada por todos nuestros filósofos y reformadores. Los realistas se horrorizaron, y todos sus contrarios prorrumpieron en imprecaciones; las cabezas se acaloraron, y los gritos de *sangre* se hicieron oir. *Mirabeau*, *Gregoire*, *Petion*, *Sillery*, los dos hermanos *Lameth*, y toda la casta filosófica clamaron con una voz horrenda: "*Las naciones necesi-*»*tan víctimas*, *las piden*, *y debemos* »*dárselas.*" Los sediciosos que se hallaban en las galerias tomaron parte en esta embriaguez, y sed de sangre. En la tribuna de los suplentes, *Puget-Barbantane*, diputado de París, se levantó de su asiento, y gritó en alta voz: *se vé que estos señores quieren linternas*, *pues bien*, *las tendran.... Es una abominacion*, exclamaron los marqueses de *Raigecourt*, y de *Beauharnois* que estaban allí, *que se pronuncien* aquí tales despropósitos! los duques de *Chartes* y de *Montpensier*, *hijos* del duque de Or-

leans estaban tambien en aquella tribuna. El primero al oir la exclamacion de estos dos señores se vuelve ácia ellos, y les dice palmoteando: *sí señores, sí, aun son menester linternas.*

En medio de estos debates fué quando se vieron á las puertas de la asamblea nacional, y á las de palacio pelotones de mugeres que se habian destacado del exército de *Maillard*: estaban mezcladas con hombres vestidos y armados de un modo espantoso. ¿La posteridad podrá creerlo? No fué sino entonces quando se informó al rey del motin que habia en París y en *Versalles*. El conde de *San-priest*, ministro de la casa real, escribió á S. M. y en cargó al marques de *Cubieres* llevase la carta á la batida, y la entregase en mano propia á Luis XVI. Quando *Cubieres* llegó, encontró varios individuos venidos de París postrados á los pies del rey, y que le

daban cuenta de lo que habian visto y oido, y le suplicaban que por la fuga pusiese su vida en seguridad. El rey los levanta con bondad, toma la carta que llegó en aquel instante, y despues de haberla leido dice á todas aquellas personas: "Señores, »Mr. de *San-priest* me escribe que »ha habido movimiento en los mer»cados, y que las mugeres de París »vienen á pedirme pan: ¡ay de mi! »añadió, llenándosele los ojos de lá»grimas, si yo lo tuviera no aguar»daria á que viniesen á pedírmelo; »vamos á hablarlas."

El conde de *San-priest* no hablando si no de unas mugeres que venian á pedir pan, y nada del exército que traia *Lafayette*, no es estraño que no se atemorizase mucho Luis XVI. Este príncipe al acabar estas pocas palabras, corrió á galope hasta *Versalles*, acompañado del duque *d'Ayen*, capitan de guardias de corps, de los oficiales superiores

del mismo cuerpo, y de *Cursac* su caballerizo. Interin como el alboroto se aumentaba en Versalles, se tocaba la generala en el quartel de guardias de corps. Los unos que estaban comiendo, y los otros que iban á ponerse á la mesa, corren á su puesto sin detenerse á ponerse las botas para montar á caballo. Quatro destacamentos tienen órden de ir al instante por diferentes caminos al encuentro del rey que sabian estaba sin escolta; pero al tiempo de salir llegó este príncipe: apenas echó pie á tierra, quando el conde de *Luxembourg* le preguntó si tenia que dar algunas órdenes á sus guardias. El rey le respondió riéndose: ¡que para unas mugeres! os burlais de mí Mr. de *Luxembourg*: ¿y para vuestros equipages? le preguntó el caballero *Cursac*?: no los necesito, le respondió el rey.

Al mismo tiempo se cerraron las puertas de palacio, llamadas la *Real*,

la de la *Bóveda* y la de los *Príncipes*. Colocaron en cada una seis guardias de corps, un brigadier, un quartel-maestre. En la plaza de armas vinieron á formarse en batalla el regimiento de Flandes, los cazadores de los tres obispados y algunos guardias de *Monsieur* y del conde de *Artois*. A estos diversos cuerpos vinieron á reunirse algunas compañías de la guardia nacional de *Versalles*, pero éstas estaban llenas de traidores, de sediciosos, y de gente pagada para corromper los soldados que quedaban fieles al rey.

La llegada de Luis XVI. consternó á todos los partidos, á los *realistas* á los *orleanistas*, á los *republicanos*, y á los *jacobinos*. Los primeros veían en la huida del rey la conservacion de la monarquía, los segundos la elevacion del duque de Orleans al trono, los terceros el establecimiento de una república, y los últimos el cumplimiento de sus miras infernales.

Mientras se hacian estos preparativos, el grueso del exército de las mugeres llegaba: en el puente de *Seve* se habia dividido en dos trozos: el uno venia por el camino de *san Cloud*, y el otro por el de *París*. Las primeras conducidas por *Maillard* se presentaron á las puertas de la asamblea nacional, y pidieron á gritos desaforados que se las dexase entrar en la sala, manifestando deseos de querer forzar la guardia, que custodiaba la representacion nacional. *Mounier* que era presidente á la sazon, iba á levantar la sesion, quando tuvo órden de la mayoría para continuarla, y dexase entrar á aquellas mugeres: *Maillard*, general del exército mugeril, tomando la palabra habló así:

"Esta mañana no se ha encon-
»trado pan en las tahonas: en un
»momento de desesperacion he ido
»á tocar á rebato: me han cogido,
»y han querido colgarme de la *lin-*

»*terna*: debo la vida á estas seño-
»ras que me acompañan: hemos ve-
»nido á Versalles para pedir *pan*
»y al mismo tiempo para hacer cas-
»tigar á los guardias de Corps, que
»han insultado la escarapela patrió-
»tica: nosotros somos buenos patrio-
»tas: hemos arrancado quantas es-
»carapelas negras se han presenta-
»do á nosotros delante de nuestros
»ojos, tanto en París como en el
»camino." Acabadas estas palabras, *Maillard* saca del bolsillo una escarapela negra, la rasga, la tira al suelo, y la pisa, alzando entonces la voz, y haciendo un gesto amenazador dixo: "*Precisaremos á to-*
»*dos á tomar* la escarapela patrió-
»tica." Esta amenaza excitó un gran murmullo entre los realistas: "¿qué
»es eso, exclamó con insolencia
»*Maillard*? ¿Acaso no somos todos
»iguales, todos hermanos? Sí, le
»respondió *Mounier*, todos los hom-
»bres somos hermanos, nadie os lo

»niega. El murmullo que ois pro-
»viene de que habeis amenazado de
»obligar á tomar la escarapela pa-
»triótica: á nadie teneis derecho de
»forzar."

"Los realistas, continuó *Mai-*
»*llard*, quieren hacernos morir de
»hambre: hoy han enviado una es-
»quela con doscientas pesetas á un
»molinero, ofreciéndole igual suma
»todas las semanas con tal que no
»muela:" "*nombradle*, *nombradle*,
»le gritaron los realistas:" *Maillard* titubeó, y despues de algun tiempo respondió con embarazo: "Di-
»cen que es *Monsieur* el arzobispo de
»París:" callad impostor, le replicaron los realistas: "*Monsieur el ar-*
»*zobispo de París* es incapaz de esa
»atrocidad."

Precisado *Maillard* á callar, todas las mugeres hablaron á un tiempo; y en medio del estrépito que hacian, no se oían otros gritos si no *pan*, *pan*. Los representantes de

la nacion se convinieron en que el presidente *Mounier*, acompañado de otros seis diputados se avistasen con el rey, para darle parte de la peticion de estas mugeres, y pedirle su accesion *pura y simple* á los decretos del 4 de agosto (1) que S. M. habia rehusado confirmar hasta entonces, por ser contrarios al bien del estado, á la tranquilidad y prosperidad pública. Estos diputados se adelantaron ácia palacio, teniendo cada uno de ellos á derecha é izquierda una muger que lo llevaba agarrádo por debaxo del brazo: caía tan gran golpe de agua, que todos estaban mojados, y caminaban por entre el lodo, quando unos hombres cubiertos de pingajos, de un mirar feroz, llevando por armas picas viejas, hachas y garrotes herrados con

(1) Véase la constitucion francesa de los años de 1789. 1790. y 1791. que acaban de traducir al castellano.

algunas hojas de espada ó de cuchillo y que tomaban el título de *vencedores de la Bastilla*, se presentan, y pretenden escoltar á estos diputados. En esta confusion, y en medio de los gritos y alaridos de tanto gentío los guardias de Corps creen que este numeroso y estraño acompañamiento es algun tropel de malévolos: entran por varias partes, y los dispersan arrojando á muchos en el cieno. He aquí la señal que aguardaban los sediciosos: gritan á la multitud que los guardias de Corps asesinan á los ciudadanos; que es preciso exterminarlos, porque quieren llevar al rey á *Metz* y disolver la representacion nacional. Estas voces acaloran á la multitud: empieza por insultarlos, y tirarles piedras. Hombres y mugeres se acercan quanto pueden á los caballos, procurando espantarlos, y desordenar el esquadron para mezclarse en medio: un guardia nacional de Pa-

rís viendo un espacio entre los caballos del frente del esquadron, se mete en él, seguido de diez mugeres con sable en mano. Este malvado habia de tal modo espantado los caballos, y producido tan gran desorden, que no le pudieron impedir el paso. El marques de *Savonnieres*, teniente de guardias de Corps, corre detras de él con tres guardias que le dieron dos golpes con el sable plano en las espaldas, y le persiguieron hasta que se metió en una barraca cerca del patio de los ministros. Al volver los guardias á su esquadron los sediciosos les tiraron por las espaldas, y rompieron un brazo á *Savonnieres*: fué acogido en las filas por sus compañeros, que temblaban de cólera y furor: "Camaradas, les dixo este desgra»ciado, por Dios no olvideis que la »menor imprudencia podria compro»meter los dias de nuestro amo: no »penseis en mí, si no en el rey y

»en la familia real. ¡Ojala que pue»dan salvarse del peligro que les »amenaza!" Al tercer dia murió de resultas de su herida, dexando en la desolacion á su muger y á sus hijos.

Estas escenas trágicas presentan un quadro tan horroroso, que los diferentes matizes que ofrecen, escapan al mejor pincel; pero puedo asegurar que nada omitiré de lo mas esencial. En medio de aquellos alborotos *Mounier* y los seis diputados consiguen reunirse: se presentan en el rastrillo, son reconocidos é introducidos con las doce mugeres que les acompañaban. El rey habla á aquellas mugeres con tal bondad y sensibilidad que se arrojan á sus pies, y le suplican las permita besar su mano; la riegan con sus lágrimas, y en seguida se retiran. Apenas habian llegado al patio quando gritaron con toda su fuerza: *viva el rey*, *viva nuestro buen rey*, *mañana tendremos pan*: *estas son unas pí-*

caras, gritaba el populacho, *han recibido dinero*: si no traen un escrito del rey, es menester llevarlas á la *linterna* para colgarlas.

Los sediciosos que se hallaban mas cerca cogen una de ellas, é iban á llevarla á la *linterna*, quando reclama el socorro de los guardias de corps, que la arrancaron de las manos de aquellos alborotadores, y la hacen entrar en el patio real. Ella y sus compañeras piden que las dexen volverse á presentar al rey, y se les concede. Luis XVI las recibe aun con mas cariño, las da un escrito que presentan al pueblo, y pintan con tal ingenuidad todas las señales de bondad que las ha manifestado el monarca, que todos los corazones parecen mudarse, y por todas partes se oye gritar *viva el rey*. Los guardias de corps, envaynan las espadas, el ayre resuena con gritos de alegría, y parece haberse restablecido la paz.

Esta calma no duró mucho; al mismo tiempo que los guardias reciben la órden de retirarse á su quartel, se repiten los alaridos, y las injurias: las guardias nacionales de Versalles hacen una descarga de quarenta fusiles sobre los guardias de Corps. Estos engañados sin duda por las apariencias pacíficas que acababan de presenciar, gritaron: "Ca-„maradas, esto no es sino una des-„carga en señal de alegría:" Esta opinion fué funesta á muchos guardias de Corps ; pues habiendo dexado sus caballos en las quadras, venian á reunirse á sus compañeros que estaban de guardia en el palacio. En su marcha se les tiró, y un sinnúmero de ellos fueron heridos. Los de la compañía escocesa al pasar del *Chenil al gran-maestre* fueron atacados y tiroteados: seis guardias fueron heridos, pero la mala puntería de los asesinos salvó á los demas.

A cada instante la situacion de los guardias de Corps era mas crítica y peligrosa: por todas partes les tiraban como á unas fieras que se cazan: no solo los facinerosos habian jurado su muerte si no tambien la guardia nacional de Versalles. De todas partes sus amigos venian á avisarles que el encono de esta guardia contra ellos estaba en su colmo, que el primero que saliese seria asesinado sin remedio, y que habian querido llevar á la *linterna* á los oficiales suyos que procuraban aplacarla, ó detenerla en su quartel.

A pesar de todos estos avisos los guardias que estaban en las salas de palacio resolvieron presentarse delante de la guardia nacional, ofrecerla su amistad, y exîgir cortesmente la suya. El conde de *Luxembourg*, varios oficiales superiores y algunos brigadieres se pusieron al frente de la diputacion. El conde

d'Estaing (1) les sale al encuentro y les pregunta: "¿á donde vais? »todos vais á ser asesinados; es im- »posible hacer escuchar la razon á »esos desalmados; vuestros camara- »das acaban de ser tiroteados, yo »mismo he sido insultado, amenazado »y me ha costado mucho trabajo »el substraerme de su furor."

En estas circunstancias el sitio y todo el palacio estaban en una agitacion y en una ansiedad imposible de pintar. Las mugeres corrian en todas direcciones, derramando un torrente de lágrimas, y suplicando á todos los que encontraban que no abandonasen á la familia real. Los ministros del rey, los unos consternados, y los otros tranquilos como en un dia de regocijo, no decidian nada, ni daban ningun consejo al monarca. Sus amigos le suplicaban

---

(1) Comandante general de todas las tropas de Versalles.

que al menos mirase por la reyna y el delfin, si no queria poner su vida en seguridad. Los oficiales superiores iban, venian, y daban órdenes que un instante despues revocaban. El presidente *Mounier* se mantenia con sus seis diputados al lado del rey importunándole á cada instante para obtener su accesion *pura y simple* á los decretos del 4 de agosto, creyendo de buena fé que la denegacion de su consentimiento á dichos decretos era la única causa de todos estos desórdenes. Luis XVI. cedió en fin á su importunidad, y dixo á *Mounier*: doy mi aceptacion *pura y simple*: señor, replicó friamente Mounier, *esto no basta*: *suplico á V. M. me la dé por escrito.* ¿Por que no le pidió tambien su corona? En el espantoso abismo en que el monarca se hallaba sumido, esta peticion no hubiera sido mas indecente que la otra. El rey escribió estas palabras:

yo acepto pura y simplemente los artículos de la constitucion, y los derechos del hombre y del ciudadano que la asamblea nacional me ha presentado.

Mounier toma el papel de las manos del rey y se retira como si hubiera conseguido una victoria señalada. Llega á las puertas de la asamblea, y enseña su papel á los primeros diputados que encuentra: va á su asiento, da el escrito del rey á un secretario, pide órden, y manda que lo lea. Esta lectura excitó los mayores aplausos, tanto en la asamblea como en las tribunas, y sin embargo el peligro que corria la familia real se aumentaba cada vez mas; pues los emisarios de nuestros novadores habian acalorado á la multitud, de tal modo, que no se oian sino gritos de *sangre*: tenian á los guardias de corps por sus mayores enemigos: iban á caza de ellos como á la de unas fieras. El rey que sabia

el encono que tenian contra estos infelices militares, procuró que no diesen recelos á la guardia nacional, ni á los sediciosos que sitiaban el palacio. En consecuencia les mandó se formasen en batalla en el patio de los ministros: de este modo se hallaban separados de sus enemigos, pero la dificultad estaba en reunirse en aquel punto. Los que estaban dentro de palacio pasaron á él y los que estaban afuera no podian llegar allí sin correr los mayores peligros. Sin embargo las órdenes del rey les hicieron menospreciar todos los peligros que preveían. Se reunen á *Flomon* que los mandaba, pero apenas parecen y procuran entrar en palacio, quando la multitud se tira sobre ellos y los dispersa: descargan un garrotazo en la cabeza á uno de ellos llamado *Verville*, y le echan en el suelo. Su hermano que se hallaba de centinela en la verja real, corre á él, le liberta de las manos de sus ase-

sinos, y le lleva á una de las salas de palacio, en donde le sangraron. Otro llamado *Moucheron* fué menos feliz: los facinerosos lo cogen, lo golpean, lo tiran por el suelo, rasgan sus vestidos, le roban el relox y el dinero, lo arrastran por los cabellos, por los brazos y los pies de un modo que el pudor no permite describir, y no lo abandonan hasta que lo creen muerto.

En medio de estas escenas de horror, fué quando apareció la vanguardia del exército de *Lafayette*. Habiendo llegado éste delante del edificio en donde la asamblea nacional tenia sus sesiones, le hizo hacer alto, y le exîgió el juramento de ser fiel á la nacion, á la ley, y al rey, y entra en la asamblea de quien era vocal con un exterior tan satisfecho que se conocia bien que nada preveía de las tramas de los sediciosos. Se arrima á *Mounier*, y le dice: "nada teneis que temer, acabo de

„hacer jurar á mis tropas que per-
„manecerán fieles al rey." Luego que el imprudente *Lafayette* se retiró, se acercó uno á *Mounier* y le dixo: "cuidado; os engañan; este „es un ardid nuevo de los facciosos: „nunca se ha repartido tanto dinero „entre la plebe: la carestia del pan „y la comida de los guardia de corps „no son mas que motivos especiosos „para alborotar."

Desde la asamblea *Lafayette* seguido de sus ayudantes se avistó con el rey, y conversó con S. M. por espacio de media hora. Eran entonces las once de la noche. Al salir del quarto del rey aquel orgulloso general, con un aire de autoridad y como si hubiese tenido en sus manos los destinos de la Francia, dirigió estas palabras á las personas que se hallaban reunidas en la pieza llamada el *ojo de buey*: *le he hecho hacer algunos sacrificios para salvarlo*; y en seguida tomó y apretó las ma-

nos á varios guardias de corps, y les dixo: "señores todo esta arregla-»do: el rey permite que los ex-guar-»dias francesas vuelvan á tomar sus »antiguos puestos; y mi intencion »es de que mañana enarboleis la es-»carapela nacional."

Con efecto poco despues se oyeron los tambores de los ex-guardias francesas, los quales se formaron en batalla en el patio de los ministros, y se apoderaron de todos los puestos: tambien exîgieron que abriesen la verja del patio de los príncipes para facilitar (segun decian) la comunicacion con los jardines, amenazando romperla sino la franqueaban. El conde de *Luxembourg* dió órden de abrirla. No podia idearse una maniobra peor, ni mas funesta para aquellos á quienes querian salvar.

Las mugeres que habian venido con *Maillard* se habian exparcido por todas partes. Los emisarios de

nuestros novadores no dexaban de imbuirlas de mil embustes contra el rey, la reyna y contra los diputados amigos de la religion, y de la monarquía. Estas furias no dexaban de gritar: "queremos la cabeza de la »reyna: que el *borracho* (1) no sea »mas tiempo rey, y que lo sea el »duque de Orleans." Las que habian venido de París con el exército de *Lafayette* decian por otra parte en su lenguage grosero: "Nósotras he»mos venido á Versalles á pedir pan »al tahonero y á la tahonera (2): si»no nos lo da echaremos abaxo el »palacio, y pondremos á Monseñor »el duque de Orleans sobre el trono: »éste sí que nos dará pan."

Desde el palacio *Lafayette* volvió á la asamblea nacional, y siempre lleno de presuncion se acercó á

---

(1) Designando al rey.

(2) Denominando así al rey y á la reyna.

Mounier y le dixo: "Estoy de pare-
»cer que levanteis la sesion: es inu-
»til de prolongarla mas: yo respon-
»do de todo: la milicia tiene las
»mejores intenciones. y yo mismo
»estoy tan cierto de la tranquilidad
»general que me voy á descansar."
Mounier creyó todo esto con una li-
gereza, que no dexa de ser uno de
los fenómenos mas notables de aque-
lla noche. En efecto levantó la se-
sion, que era lo que los conjurados
miembros de la asamblea nacional
deseaban con ardor, y al instante
cada uno corrió al puesto que los
novadores le habian señalado. Si la
sesion no se hubiera levantado, es
muy posible que el temor de que su
ausencia no los hiciese sospechosos
en estos momentos peligrosos, los
hubiera detenido en la asamblea, y
por consiguiente los sediciosos no
hubieran tenido gefes para dirigir sus
movimientos.

Como la noche estaba ya bas-

tante adelantada Luis XVI. bien sea que se hubiese convencido por los juramentos de *Lafayette*, que no habria la mas ligera agitacion, ó que temiese manifestar la menor desconfianza, despidió aun sinnúmero de diputados, y á otros sugetos que se habian reunido cerca de su persona. Despidió igualmente las personas que se hallaban en *el ojo de buey*, á excepcion de los guardias de corps, que permanecieron allí hasta las tres de la madrugada que los oficiales superiores les mandaron retirarse.

La reyna fué quizá la única persona á quien no alucinaron las promesas de *Lafayette*, y que ni se la ocultaron los desastres que amenazaban á la familia real. Pasó la noche en su gabinete contestando con mucha serenidad, apesar de su presentimiento interior, á aquellos que la hablaban. Habiéndola manifestado algunas personas su inquietud,

las respondió: *Yo sé que vienen á pedir mi cabeza, pero he aprendido de mi madre á no temer la muerte, y la esperaré con firmeza.*

En otro momento todos los que estaban con ella, impelidos de un movimiento unánime, se arrojaron á sus pies y la suplicaron con instancias y lagrimas que huyese. *No, les dixo, nunca jamas abandonaré al rey ni á mis hijos, y participaré de la suerte que los espera, sea la que fuere.* Un guardia de corps que venia de afuera, resentido de los improperios que habia oido proferir contra la esposa de su rey, manifestaba su sentimiento con toda la franqueza y la energía de un soldado. La reyna lo llama, le dice algunas palabras al oido, y muda de conversacion.

A exemplo del rey su esposo, la reyna despidió tambien todas las personas que la acompañaban. Al mismo tiempo le entregaron una esquela que leyó con mucha tranquilidad:

la metió en su faltriquera, rogando de nuevo á las personas que estaban presentes á que se retirasen. Algunos la suplicaron que les permitiese permanecer hasta que se hubiesen asegurado que la efervescencia fuese enteramente calmada. "No señores, les »dixo la reyna, sin manifestar el me»nor recelo, retiraos, yo os lo pido: »el dia de mañana os probará que »teniais necesidad de descanso." La esquela era de un ministro, y contenia estas pocas palabras. *Prevengo á V. M. que mañana á las seis será degollada.* La reyna como si hubiese recibido una noticia indiferente se metió en la cama, y lo que aun es mas estraño, durmió profundamente dos ó tres horas. Este descanso la dió fuerzas para soportar las grandes adversidades que preveía ya, y que principiaron al despertarse esta desgraciada princesa. Nada sintió tanto en aquel dia 5 de octubre como las injurias sucias que los sedicio-

sos profirieron contra su augusto esposo, tratándole de *borracho*: calumnia atroz que los mayores enemigos de Luis XVI. no se han atrevido á reproducir en ningun tiempo; pues toda la Europa sabia que este príncipe era el hombre mas sobrio y virtuoso de su reyno. Desde la edad de veinte y un años habia seguido escrupulosamente las abstinencias y ayunos prescritos por nuestra santa religion. Antes de su advenimiento al trono no habia probado el vino, y despues jamás lo bebió sin mezclarlo con agua.

Despues de la segunda salida de *Lafayette* de la asamblea nacional, los alborotos volvieron á principiar, pues los diputados imbuidos del sistema de innovacion, se repartieron por todas partes para electrizar á la multitud. Una parte de ellos armados de sables desnudos corrieron á la plaza de armas, se arrojaron en medio de las filas del regimiento de

Flandes, y animaban á los soldados con las voces y los gestos, gritándoles: "*La libertad*, hijos mios, la *li*- »*bertad*: vamos á combatir por la »*libertad*.... hijos mios estad sobre »aviso: vuestros oficiales han forma- »do una conspiracion contra voso- »tros: los guardias de corps acaban »de asesinar á dos de vuestros ca- »maradas delante del quartel, y »otro en la calle de *Satory*: nosotros »estamos aquí para defenderos: no- »sotros sí que somos los defensores »de la libertad." Acalorados con estos embustes los soldados estaban furiosos contra sus oficiales.

Otra parte de los conjurados y emisarios de nuestros novadores revolucionarios seguia á los sediciosos en las tabernas, y en las hosterias en donde los llenaban de vino, y de licores de toda especie y con profusion. En fin los demas de la pandilla se reunieron al duque de Orleans, y tuvieron consejo en la iglesia de

san Luis. Allí acordaron y juraron al pie de los altares de asesinar al rey y á la reyna, y de nombrar á este mismo duque de Orleans regente del reyno. Convenido ya todo avisaron al instante á sus cómplices de afuera y á los gefes de los amotinados de lo que habian resuelto, como de la hora que habian elegido, á fin de que tomasen sus medidas para que todo fuese de acuerdo. Era imposible que un secreto confiado á tantos, de los quales muchos habia borrachos no se trasluciese. Así fué como lo supo el ministro, que como dexo referido, avisó inmediatamente á la reyna. Tales eran los preparativos que hacian estos perversos para los atentados que habian de cometer al dia siguiente 6 de octubre.

Escenas de horror del dia 6

En la revolucion francesa se han visto unas cosas tan raras y tan con-

tradictorias, que el hombre mas juicioso y reflexîvo se queda suspenso al ver tantos disparates. Uno de estos es el que pasó en la noche del 5 al 6 de octubre. Al instante que *Mounier* levantó la sesion, las diferentes pandillas de novadores y sediciosos que estaban en la asamblea, salieron y se esparcieron por todas partes como tengo dicho, para reunir á sus emisarios y á otros gefes de los facinerosos y acordar con ellos el modo y la hora en que habian de principiar sus atentados. La que tenia al duque de Orleans por su gefe se retiró en la iglesia de san Luis de Versalles, en donde pasó la noche de acuerdo con algunos sacerdotes de aquella misma iglesia imbuidos sin duda del sistema del dia. Aquellos infames exîgieron que un cura se revistiese de los ornamentos sacerdotales, y viniese á su presencia á celebrar aquel augusto sacrificio que los católicos veneran como el

acto mas santo de su religion. Estos miserables salpicados con la sangre de los asesinatos que habian cometido la víspera, y deseosos el bañarse de nuevo en la que iban á derramar, se postraron al pie del altar, y se atrevieron á invocar al Dios de paz, que no tenia para ellos sino rayos y truenos. ¡Qué espectaculo! ¿que querian estos infames? ¿pretendian hacer, cómplice de sus delitos á la divinidad misma? ¿creían que los votos homicidas pronunciados por sus bocas impuras la habian de interesar en el éxîto de su conspiracion? ¿ó pensaban que este testimonio exterior de una falsa piedad persuadiria á los hombres religiosos de su intencion? pero ¿quien es capaz de penetrar el fondo de los corazones de los malvados? Dexo pues la solucion de este problema á los filósofos que hacen un estudio particular de todas las estravagancias de que es susceptible el alma de los

facinerosos, y vuelvo á mi asunto.

Acabada la misa, los conjurados salen de la iglesia, y dan la señal de la matanza por unos alaridos que atemorizan la ciudad y el palacio. Entre las cinco y las seis de la mañana los asesinos de uno y otro sexô se presentan á la verja principal de palacio, y los ex-guardias francesas los dexan entrar en el patio de los ministros: este tropel atraviesa corriendo el de los príncipes, y llega por la bóveda al jardin. Allí prorrumpen en imprecaciones contra la reyna, y piden á grandes gritos su cabeza. Dos damas de la princesa y los guardias de corps que habian quedado, los unos en la sala principal, y los otros en la de la reyna ven el tropel, y oyen las amenazas sucias que vomitan contra la reyna. Un instante despues dos hombres vestidos de muger suben por la escalera de los príncipes, reconocen el sitio y desaparecen.

El número de los guardias que se habian quedado en lo interior de palacio, no pasaban de ochenta ó ciento: á pesar de las promesas de *Lafayette* no pensaron en acostarse ni aun en tender sus camas. Cada una de las personas reales tenian segun costumbre una centinela delante de su habitacion. La princesa *Victoria*, tia del rey, presumiendo sin duda las desgracias que iban á suceder, prohibió expresamente que pusiesen centinela á la suya, y es mas que verosímil que su generosidad salvó una víctima.

D'Huilleres quartel-maestre mandaba la compañia Escocesa. La vigilancia, la intrepidez, el valor y celo de este oficial son dignos de los mayores elogios. Si hubiera sido ayudado por los gefes principales, ó tenido una tropa mas numerosa, ninguno de los horrores que ocurrieron en Versalles en los dias 5 y 6 de octubre se hubieran cometido. Estu-

vo en pie toda la noche, y acompañado de cinco ó seis guardias no cesó de rondar al rededor del patio real, y del de los principes. Justamente atemorizado por la entrada y los alaridos de los bandidos que vió en el jardin, hace tomar las armas á aquellos de sus compañeros que estaban en el cuerpo de guardias y se presenta en aptitud de subir á las salas. La verja real se hallaba entonces ocupada por una multitud inmensa que apercibiendo á esta pequeña tropa empezó á gritar: *miradlos, tiremos á estos..... no erremos la puntería* Al mismo instante asestan todos los fusiles contra los guardias. *D'Huilleres* sin intimidarse de los gritos ni de aquellos movimientos dirige á pasos militares á sus pocos compañeros, y atraviesa el patio con la mayor serenidad. Su aspecto sereno y marcial desarmó á los sediciosos, que no se atrevieron á dispararle ni siquiera un solo tiro.

Al llegar al pie de la escalera grande encuentra al marques *D'aguesau*, mayor de los guardias de corps, y les dice: "Señor el rey y la fami-»lia real estan perdidos, si los fora-»gidos que se hallan ya en los patios »y en los terraplenes penetran en el »palacio: os suplico me deis órdenes »positivas. Poned, le respondió *D'a-»guesau*, dos centinelas en cada una »de las verjas;" y dirigiéndose des-pues á todos los guardias, les dixo: "Señores: S. M. os manda y os rue-»ga que no tireis, que no maltrateis »á nadie: en fin *que no os defendais.* »Señor, le contestó *D'huillieres*, ase-»gurad á nuestro desgraciado amo »que se cumplirá con sus órdenes, »pero vamos á ser asesinados." Con-forme á las órdenes que acababa de recibir, encargó á *Delafaire*, briga-dier de su compañía, que llevase seis guardias á sus respectivos puestos.

El duque de *Guiche* que manda-ba á los guardias de corps que que-

daban en la *alfombra verde*, conociendo que no podría permanecer en aquella posicion, fué á recibir órdenes del conde *D'estaing*. "En verdad, »le respondió éste, la situacion de »vuestros guardias es muy crítica: »es imposible que vuelvan á su quar»tel ni al palacio: haced lo que os »parezca." Despues de una respuesta tan indiferente y tan tonta el duque de *Guiche* conduxo á sus guardias á *Trianon* (1): apenas habian llegado quando un compañero suyo disfrazado vino á decirles que era imposible que entrasen en Versalles, que la guardia nacional de París se habia apoderado de su quartel, y que sobre todo se guardasen de ser sorprehendidos ó envueltos. Con este aviso dexaron á *Trianon*, y se marcharon ácia *Rambouillet*, porque siendo el camino llano se hallaban á cu-

(1) *Trianon y Rambouillet* son dos sitios reales inmediatos á Versalles.

bierto de toda sorpresa : por otra parte habiendo oido decir durante la noche que sería posible que el rey saliese de Versalles y se retirase á *Rambouillet* esperaban favorecer su marcha. Así por la partida de esta tropa el palacio quedó al cuidado de un ciento de guardias, como tengo dicho.

En el momento en que los amotinados atravesaron los patios , varios conjurados como *Mirabeau*, *Barnave* , *Petion Laclos*, el duque *D'aiguillon &c.* vestidos de mugeres se mezclaron los unos con los soldados del regimiento de Flandes, y los otros con el populacho. Baxo este disfraz no se contentaban con enardecer á la multitud, sino que vomitaban como la canalla mil imprecaciones contra la reyna. Unos y otros distribuían con profusion dinero á los soldados del regimiento de Flandes y á la gentuza del pueblo. Muchas mugeres tenian tambien los delantales llenos de

escudos de seis libras, los sonaban y distribuían en seguida. En otras partes prodigaban víveres, vino y licores á quantos se presentaban. El fondista que vivia al lado de la calle de *Chantiers* repartia con profusion á todo entrante salchichones, jamones, fiambres, fruta de toda especie, vinos de todas clases, y en general quanto se encontraba en su casa: estas dádivas no le empobrecian, pues su fonda se hallaba de continuo proveida de quanto uno podia apetecer. Algunas personas que no sabian el secreto, maravilladas de esta inagotable prodigalidad, le preguntaron: "¿quien os ha de pagar? ¿quereis »acaso arruinaros? El respondia son»riéndose: " no tengo cuidado algu»no: *su alteza el duque de Orleans* »*me ha dicho que puedo dar.*" Los conjurados dirigian sus alhagos á los soldados del regimiento de Flandes sin cesar de gritar *viva la nacion, viva el regimiento de Flandes.*

A las seis en punto de la mañana (que era la hora dada por los conspiradores) el duque de Orleans se presenta delante de un tal *Mollet* de la guardia nacional de París, que estaba de centinela en una de las puertas de palacio. El príncipe llevaba un frac-gris, sin condecoracion ninguna, con un sombrero redondo metido hasta en los ojos, y un palito en la mano: no le conoció al principio; pero habiendo pasado *Orleans* varias veces por delante le reconoció al fin y le dixo: "Serenísimo señor V. A R. »puede entrar:" entró en efecto, y fué á presentarse á uno de los seis guardias que *Delafaire* habia puesto de centinela. Este sabiendo el papel infame que hacia aquel príncipe, le despidió con desaire y no le dexó pasar.

Entonces Orleans se volvió á la plaza de armas, y poco despues al patio de los ministros con una co-

lumna de facciosos que gritaban: *viva Orleans, viva el rey Orleans.* El se sonreía, tomaba las manos de los unos, y hablaba familiarmente con los otros, dirigiéndose con mas preferencia á los que iban vestidos de mugeres. Estos facinerosos se dividieron en dos bandas: los unos en número inferior dirigieron su marcha por el lado de la capilla, los otros entraron en el patio de los príncipes: algunos de éstos últimos ganaron la bóveda que conduce al jardin, y los otros llevando consigo á *Orleans* se introduxeron por la columnata y penetraron en el patio real. Se arrojan sobre uno de los guardias de corps que estaba de centinela en aquel puesto. Este infortunado llamado *Deshuttes* cae en tierra cosido de mas de mil puñaladas, le llevan arrastrando por el patio de los ministros, y despedazan sus miembros palpitantes. Un antropófago desfigurado con una barba

larga que le llegaba hasta el pecho, se baña en la sangre de la víctima, enroxece con ella sus manos, su vestido y barba, le corta en seguida la cabeza, la pone en lo alto de una pica, y la presenta en medio de aquellos foragidos que con los mayores aplausos celebran este horrible espectáculo, gritando sin cesar *viva la libertad.*

El camarada de *Deshuttes* llamado *Moreau* fué tambien cogido, pero tuvo la fortuna de evadirse, dexando en las manos de sus asesinos su carabina y bandolera, y fué corriendo á dar á los demas guardias de corps la horrorosa noticia del asesinato de *Deshuttes*. Los asesinos teniendo siempre consigo á Orleans, siguieron á *Moreau* y subieron la escalera principal. En lo alto de ella les enseñó la sala de los guardias de corps que estaban de centinela delante de la habitacion de la reyna, y se volvió á la izquier-

da como para dirigirse ácia la del rey.

Siento en el alma, siendo sacerdote, emplear mi pluma en transmitir á la posteridad los ultrages é injurias sucias que todas estas furias vomitaron contra la reyna en el momento en que creyeron que iban á derramar su sangre: temo con mucha razon ofender el pudor de mis lectores; pero debo pintar todo lo horroroso de esta escena, á fin de que se conozcan mejor las bestias feroces de que se valian Orleans y los satélites de nuestros innovadores. *¿En donde está esta f..... bribona?* gritaban aquellos desalmados, vomitados por los infiernos: *es menester comernos su corazon..... no necesitamos su cuerpo; nos basta llevar su cabeza á París ..... queremos cortársela, arrancar su corazon, y freir sus hígados; y no se acabará con esto..... tenemos que llevarla á París muerta ó viva..... la degollaremos y haremos*

escarapelas con sus tripas. María Antonia (1) *ha bailado por su gusto, y ahora la haremos bailar por el nuestro..... queremos ver á María Antonia delante de nuestros ojos. La polignac.... la.....* basta: el pudor exîge que corra un velo sobre unas abominaciones, cuyo recuerdo hace avergonzar de haber nacido en un siglo que las ha oido. A los ultrages seguian los amagos: algunas mugeres sacaban de debaxo de sus delantales una hoz y decian: *con esta la hemos de segar la cabeza*: otras que por la travesia de París á Versalles se habian enlodado por el tiempo lluvioso, gritaban rugiendo de furor: *mirad como estamos de lodo, nos parecemos á unos demonios, pero la..... lo pagará bien caro ..... ¡ha! que gusto tendré*, decia uno de los hombres que exhortaban con furor á la matanza, *si soy el primero que ponga la*

(1) La reyna.

mano en esta..... y la corto el cuello! Estas imprecaciones y alaridos estaban mezclados con los gritos de *viva Orleans*, *viva el rey Orleans*, *viva nuestro padre Orleans*, *viva la libertad.*

Oyendo este ruido y estos alaridos los guardias de la sala de la reyna se atrincheraron resueltos á perecer todos antes que dexar entrar aquellos miserables en la habitacion de esta princesa. Los doce guardias que custodiaban la balaustrada desde esta sala á la del rey, se adelantaron para sostener el primer choque, y dar á la reyna el tiempo necesario de evadirse: siento no saber sino los nombres de quatro de entre ellos: los presento á la veneracion de la posteridad. Estos quatro guardias se llamaban *Delafaire*, *Decharmond*, *Miomandre* y el quarto el generoso *D'huilleres* que acudia siempre el primero delante de los peligros. Todos los doce baxaron los primeros escalones,

y *D'huillers* con una voz firme grita á los asesinos: *miserables, respetad el asilo de vuestros reyes..... abaxo las armas*, gritaron aquellos foragidos, y al mismo tiempo cargan con ímpetu sobre los guardias, que obligados á ceder por el inmenso número de esta turba se replegan, corren á la sala, y cierran con prontitud la puerta.

Los alaridos, las imprecaciones contra la reyna, y los gritos de sangre empiezan de nuevo: rompen la puerta con hachas, la sala se llena de malvados, y los guardias corren á refugiarse á la sala principal. *Varicourt*, uno de ellos perseguido de cerca recibe veinte puñaladas, y viene á caer en los brazos de un compañero suyo, que por evitar igual suerte le dexa espirando, y huye con los demas: el cadaver del infortunado *Varicourt* sirve de juguete á sus asesinos.

Orleans habia desaparecido para

ir á buscar otra gavilla de amotinados: ésta entra por la sala de los *cien suizos*, atraviesa el salon y se reune en la de la reyna al tropel que habia llegado por la escalera grande.

Los guardias de las salas reunidos disputan palmo á palmo el terreno: varios de ellos llaman á la puerta de la habitacion de la reyna, gritándola: *huid, huid, señora.* Sus dos camaristas *Thibaut y Augué*, que no se habian acostado, se apresuran á repetir á su augusta ama los gritos de los guardias de corps. La reyna de Francia y Navarra sale precipitadamente de la cama, y corre en camisa al quarto de su esposo. El rey por su parte despertado con los gritos de los asesinos, tiembla á la vista del peligro que corre la vida de su esposa, y va con precipitacion á su quarto por el pasadizo llamado *el ojo de buey*, y solo encuentra á los guardias *Quereoult de Berbille*, *Quereoult de Valmet*, *Luchapt*, *y*

D'asson de Champré, quienes le instruyen de lo que ocurre, y le suplican que les *permita* no abandonar su persona. " Os ruego, dixo el »rey, espereis un instante: voy á »mandaros decir á lo que me he de»cidido. " Con efecto poco despues les mandó que se situasen en el *ojo de buey*.

Llegada la reyna á la habitacion del rey envia á buscar á sus hijos: no tardaron en venir la marquesa de *Toursel* con la joven princesa de la mano, y el conde de *Saint-Aulaire* con el delfin en los brazos: los guardias de servicio de este príncipe se retiraron por la escalera escusada que se comunicaba con el *ojo de buey*.

El combate continuaba mientras tanto á la puerta de la sala de los guardias de la reyna, con tanto mas furor, quanto que los foragidos se creían mas cerca de la princesa. *Loguessie* el mayor, aunque seguido de

cerca, pudo refugiarse en esta sala, y atrancar bien la puerta; pero en breve los asesinos con sus hachas la echan abaxo, y difundiéndose por ella empiezan á gritar de nuevo: ya la tenemos á la bribona..... á la..... *es menester cortarla la cabeza, es preciso sacarla el corazon.....* pero qué no pueden el honor, el valor y la fidelidad? *Durepaire* indignado de oir tales atrocidades, y creyendo que la reyna no se habia librado aun, emprende combatir *él solo* á aquellas legiones de facinerosos. *Miserables*, les grita, ¿que pretendeis hacer? *conmigo es con quien las habeis de tener antes*: é inmediatamente se opone á ellos, y hace una tan larga resistencia, que cansado hasta lo sumo dexa caer su tercerola: entonces lo agarran por la bandolera, y lo arrastran hasta el descanso de la escalera principal. A pesar de ser arrastrado, y á pesar de millares de golpes que descargaban sobre él por to-

das partes, da una prueba prodigiosa de su presencia de ánimo: alcanza á ver en la sala de los *cien suizos á D'huillers* que defendiéndose con su espada contra millares de amotinados iba á ser asesinado por detras. *Durepaire* le grita: *D'huillers cuidado, vais á ser asesinado por la espalda, creedme, volveos con la espada. D'huillers* se vuelve, y evita el golpe que le iban á descargar. ¡Que hazañas no hicieron en este terrible dia estos inmortales guardias de corps.! ¡Oh! si me fuera dado poder referirlas todas ellas! no omitiré yo á lo menos contar las que he conocido. Si algunos de los guardias que entonces libraron de la muerte vive todavia, y esta mi obra llega á sus manos, él encontrará en ella memorias bien tristes, y la regará con sus lágrimas; pero verá tambien en ella que entre sus admiradores aun se encuentra un hombre cuyo corazon siente con la mayor viveza el apre-

cio de su heroico sacrificio. Si alguna cosa puede consolar á este hombre en un tiempo en que la justicia y el honor no tienen la estimacion debida, es la esperanza de que llegará el dia en que la imparcial posteridad dará el justo aprecio á sus heroicas hazañas.

Llegado *Durepaire* á la escalera principal, reune todas sus fuerzas, se levanta, no es ya un hombre, es sí un leon: arrebata una pica de las manos de uno de aquellos asesinos, y con esta arma hace frente á todos. Algunos compañeros suyos, testigos de los peligros en que se halla corren á él, se escapa de las manos de sus matadores, y va á refugiarse á la sala del rey: al evadirse aquel, cae al suelo *Miomandre* de un culatazo que le rompe la cabeza. Aunque bañado en su sangre reune sus fuerzas, se levanta, se apresura á alcanzar á *Durepaire*, y se salva con él. Un compañero suyo llamado *Du-*

fresne queda entre las manos de los facciosos; le preguntan dónde estan las armas de los guardias de corps, y les responde *en la sala principal*: lo dexan para correr allí, y él se aprovecha de esta retirada para tomar á toda priesa la escalera secreta de la sala de la reyna.

Mientras que corria *Durepaire* uno de aquellos que le perseguian le dispara un pistoletazo, sale la bala, respeta á *Durepaire*, y mata á uno de sus asesinos: levantan inmediatamente el cadáver los que le rodean, y depositándolo en la escalera de marmol, gritan al pueblo que los guardias de corps degüellan á todos los ciudadanos que se hallan en las salas. Al primer rumor de esta impostura, se apoderan de *Delisle*, uno de los seis guardias apostados en las verjas, y quieren darle mil muertes; pero por fortuna un capitan de la guardia nacional de París, llamado *Gondran* le toma baxo de

su salvaguardia y le conserva la vida.

En todas partes donde habia guardias de corps, se trababan combates sangrientos: en la sala principal se dispara un fusil á quema ropa contra *Boubée*, y por fortuna no sale el tiro: otro le disparan igualmente á *D'haucourt* y como el primero tampoco da lumbre; pero indignado el foragido con estos chascos da algunos pasos atras, cala la bayoneta, y iba á meterla en el pecho de *D'ahucourt* quando *D'huillers* que parecia dividirse en estos críticos momentos, se encuentra allí, aparta la direccion de la bayoneta que se asesta á su compañero, y él mismo recibe una herida en la mano izquierda. En fin los guardias de la sala principal despues de una resistencia obstinada, y de haber quedado *todos* desarmados, intentan refugiarse en la habitacion del marques *D'aguesau*, mayor del cuerpo. Estos fueron *D'huillers*, *Delafaire*, *Charmon*, *Bou-*

bée, *D'haucourt*, *Pommier*, *Seailles*, y los dos hermanos *Poisson*. El caballero de *Gratery* que los seguia en su retirada fué menos dichoso, separado de sus compañeros, rodeado de asesinos, y defendiéndose con la espada, fué herido por detras en la cabeza, recibiendo al mismo tiempo millares de golpes en los muslos y brazos. Cubierto de contusiones fué llevado en medio de un gentio inmenso que no cesaba de gritar *á la linterna*, *á la linterna*, y depositado en el quartel de los guardias francesas, en donde algunos granaderos lo tomaron baxo su proteccion, y lo escoltaron hasta el de los guardias de corps. A pesar de la escolta un malvado le disparó un fusil, pero por fortuna uno de los granaderos pudo levantar el cañon, y el tiro se perdió en el aire. Habiendo llegado al quartel, se disfrazó y se apresuró á refugiarse en casa de un amigo suyo.

Los asesinos que se habian introducido en todas las salas de palacio, dueños de las armas de los guardias de corps, y no encontrando á nadie en el salon ni en la sala de la reyna, rompen la puerta de la habitacion de esta princesa, y se agolpan en lo interior. ¿Quien podria pintar su furor y desesperacion quando vieron que la augusta víctima se les habia escapado? *Hemos errado el golpe*, exclamaron los unos, jurando y maldiciendo al cielo: los otros destruyen á sablazos la cama que la reyna acababa de dexar. Todos en seguida intentan hacer el último esfuerzo. Entran en la galería con la intencion de forzar la sala del *ojo de buey*, en donde algunos guardias de corps se habian atrincherado: los foragidos se encuentran con los exguardias francesas, quienes al verlos se situan entre ellos y la puerta Los granaderos llaman con fuerza: *Chavannes*, *Vaulabelle* y *Mondolot* se

acercan y gritan : " ¿ Quien llama ? — »Granaderos — ¿ que quereis? — Que »tomeis la escarapela nacional. — Te- »nemos la de uniforme tal qual la he- »mos llevado siempre. — Nos han en- »gañado, y todo París cree que la lle- vais negra. " Acabado este diálogo, *Chavannes* abre la puerta: se presenta solo con una intrepidez heroica, y les dice. " Señores ¿ os hace falta una »víctima ya la teneis delante : soy »uno de los comandantes de este pues- »to: á mí me toca el honor de pere- cer el primero por la defensa de mí rey: pero ¡ por Dios ! respetad á este buen rey." Estas palabras, y el to- no con que las pronunció conmue- ven al comandante de los granaderos, alarga la mano á *Chavannes* y le di- ce penetrado de sensibilidad : " Lejos »de atentar á vuestra vida, venimos »á defenderla contra vuestros asesi- »nos." Al mismo tiempo todos los granaderos se arrojan á los brazos de los guardias de corps: éstos los abra-

zan afectuosamente entre los suyos, los riegan con sus lágrimas, y no encuentran expresiones para manifestar sus sentimientos. ¡Que momento tan delicioso para estos desgraciados guardias de corps. en medio de los horrores de esta jornada! Se abrazan de nuevo, se prodigan mutuamente los nombres de amigos, de camaradas, y se restablece la paz.

Despues de esta buena accion, los granaderos contentos de sí mismos corren á repeler á los asesinos de todas las habitaciones, y apoderarse de varios puestos para preservar el palacio de una nueva invasion. Estos puestos estaban desamparados: ninguno de los seis guardias colocados en las verjas se libertó del furor de aquellos foragidos. No hubo puesto alguno en que los demas centinelas no fuesen asesinados, ó maltratados hasta lo sumo. El caballero de *Raymond*, situado en el paso del teatro fué desarmado, robado, y sin

mas que la camisa fué arrastrado sobre los cadáveres de *Deshuttes*, *y de Varicourt* que habian sido degollados. Fué necesario que contemplase este horrible espectáculo: oyó al monstruo que llamaban *el hombre de la barba larga* quejarse de que le habian hecho venir á Versalles para no cortar mas que dos cabezas. Un soldado de la guardia nacional de París menos inhumano que sus compañeros, llamó á un piquete de los ex-guardias francesas que lo llevaron á su quartel.

Arnaud que estaba de centinela en la bóveda fué testigo del asesinato de *Deshuttes*; recibió un golpe de pica en la pierna, y con mucha dificultad pudo escaparse de entre los matadores de su compañero.

D'arbonneau, que estaba de centinela á la puerta de la habitacion de madama Isabel, hermana del rey, vió á *Delafaire*, y á los dos hermanos *Poisson* perseguidos por un tropel de amotinados armados de picas. Al pa-

sar delante de él sus camaradas le dixeron en voz baxa: "Ten cuidado, *D'arbonneau*, el palacio está invadido: temblamos por la vida de los reyes." Los facinerosos seguian con tanto empeño á aquellos tres guardias que no repararon en *D'arbonneau*. Este se apresura á dispertar la servidumbre de la princesa; le ofrecen un asilo, le ruegan que se retire del peligro, pero él respoude: *no, no penseis en mí, salvad á la princesa*: ésta le manda entrar en su quarto, y obedece á pesar suyo.

Delasaux, que se hallaba de centinela á la puerta de madama Adelayda, tia del rey, viendo á los revoltosos subir la escalera, entra dentro de la habitacion, y defiende la puerta con el mayor valor. Fué necesario que la princesa le diese varias veces la órden de retirarse para que se resolviese á abandonar el puesto. Los bandidos golpean á la puerta: uno de los de la servidum-

bre de madama Adelayda llevaba el uniforme de guardia nacional de *Versalles*: la duquesa de *Narbona* le puso en las manos la carabina de *Delasaux*: el guardia nacional abre de repente la puerta; los facinerosos lo tienen por un amigo suyo y se retiran.

Por todas partes el encarnizamiento era horrible: la guardia nacional de París se habia apoderado del quartel de los guardias de corps, que en pocas horas fué completamente saqueado, y los que se hallaron dentro quedaron prisioneros de aquella guardia: les quitaron las carabinas, sables y espadas, de suerte que quedaron desarmados. Habiendo sabido lo que pasaba en el palacio manifestaron deseos de ir al socorro de sus camaradas: el comandante de la guardia nacional consintió en ello, y les prometió una escolta. *Lukerque*, *Vaquier de la Motte*, *Desmiers*, *y Sainte-Marie d'Aubiac* salieron los

primeros. Apenas anduvieron algunos pasos, quando fueron dispersados. *Lukerque* en la calle de *L'orangerie* fué detenido y preso por la multitud que gritaba: *es menester degollarlo, es menester colgarlo de la linterna.* Abrumado de los golpes que le daban por todas partes, y despojado de sus vestidos, fué arrastrado con un cordel al cuello á las caballerizas, y arrojado en el pilon de la fuente. Sin embargo logra incorporarse y una selva de picas y bayonetas le precisan á retroceder: le dan un culatazo en la cabeza, y le hacen caer á los pies de sus asesinos, bañado en su sangre. Ya el hombre *de la barba larga*, armado de una hacha, se preparaba á cortarle la cabeza, quando un ex-guardia frances se precipita en medio de sus verdugos: detiene el brazo del que iba á descargarle el terrible golpe, lo levanta, lo toma en sus brazos, y lo lleva enmedio de otros

seis guardias de corps custodiados por una numerosa escolta de la guardia nacional de París.

Mientras que *Lukerque* se batia con sus asesinos, *Vaquier de la Motte* corria el mismo peligro: fué detenido cerca de la barandilla del camino de los sellos, sin poder adelantar mas. Como era de una estatura agigantada, y de una fuerza extraordinaria, hizo una larga y vigorosa resistencia, pero al fin tuvo que ceder al número infinito de asesinos. Iba á perecer quando el cielo permitió que se suscitase entre sus asesinos una disputa acalorada sobre el género de suplicio que se le daria. Unos querian que se le cortase la cabeza, otros que se le colgase de la linterna, y los mas que se llevase á París para ahorcarlo en la plaza de *Greve*. Los tres partidos se disputaban á porfia esta desgraciada víctima. El hombre de la *barba larga* se habia metido en medio de

aquel tropel, y no cesaba de gritar meneando su hacha, ¿*quando me lo habeis pues de entregar*? En el intermedio de estos debates fué conocido por su altura extraordinaria de dos ex-guardias francesas. Estos llaman á sus compañeros, corren al socorro de *Vaquier de la Motte*, se apoderan de él, y le conducen baxo las banderas del distrito de los Fulenses (1): al pasar por las filas, un malvado vestido con el uniforme de guardia nacional de París, le disparó un pistoletazo que recibió en el gancho de su bandolera, experimentando solamente una fuerte conmocion. Encontró baxo las mismas banderas á *Sainte-Maire d'Aubiac* que algunos ex-guardias francesas habian substraido de las manos de sus asesinos, antes que tuviesen

(1) Así llamaban en Francia á los religiosos que seguian la regla mas estrecha de san Bernardo.

el tiempo necesario de herirle.

Desmiers no tuvo la misma felicidad, pues recibió tres balazos que le atravesaron el cuerpo: cayó en el suelo, é iba á expirar en aquel sitio, quando unos ex-guardias francesas, testigos de aquel accidente, corren á él, y le llevan al quartel de los suizos.

D'haqueville, *Palmarouse*, *y Hurard* salieron del quartel con algunos guardias nacionales, y lucharon durante dos horas contra la muerte: fueron ya presos, ya rescatados, vueltos á prender, y libertados despues: llegaron por ultimo al palacio cubiertos de heridas.

No era solo en las calles en donde los feroces antropófagos pagados por Orleans y sus consocios perseguian á los guardias de corps, corriendo detras de ellos, como en una caza se corre detras de unas fieras rabiosas ó carnívoras. Entraban en las enfermerías, y por todas partes

en donde presumian encontrarlos; pero en estas pesquisas no lograron su intento, gracias á la industria de las personas generosas que dieron un asilo al corto número de guardias que escapó de la matanza. Sería muy gustoso para mí el dar aquí la lista de todas estas personas que en aquellos dias horrorosos de 5 y 6 de octubre consolaron la humanidad tan indignamente ultrajada: solo puedo hablar de cinco: *Voisin* cirujano de los guardias de corps de *Monsieur*: *Bosset* y su muger botilleros, la viuda *Mercier* perfumista, y una monja hospitalária llamada *la sor Favier* que ella sola tuvo la felicidad y la gloria de salvar la vida á catorce guardias de corps, á pesar de los esfuerzos que hizo una legion de malvados para estraerlos del parage en donde los habia ocultado.

¿Quien podrá persuadirse, que habiendo principiado el alboroto á las seis de la mañana con un ruido,

con una griteria y unos alaridos que llenaron de terror el palacio y toda la ciudad de Versalles, los dos gefes de toda la fuerza armada *Lafayette* y *D'estaing* estuviesen quietos en sus casas? Pues así fué: ni el tumulto, ni los tiros, ni la matanza de los guardias de corps fueron capaces de sacarlos de aquella increible indiferencia que no puede encontrar escusa alguna cerca de la posteridad la mas indulgente. A las once, pues, *Lafayette*, instruido sin duda de las buenas disposiciones de los ex-guardias francesas, se presentó en el campo de batalla en el momento en que sucedia la escena que voy á referir.

El caballero de *Saint-George* y otros diez y seis guardias de corps que habian salido de su quartel escoltados por un destacamento considerable de la guardia nacional trataban de entrar en el palacio, quando tropeles de un pueblo inmenso se precipitan sobre ellos, los separan

de la escolta, los rempujan ácia la plaza de armas, prometiéndose quitar la vida á todos. Estos caníbales hacian resonar el ayre con los gritos de una alegria feroz, felicitándose de una tal captura, y clamando que la execucion habia de ser *brillante*. En este momento fué quando *Lafayette* se dió á ver montado en su caballo blanco, y corriendo por todas partes á fin de reunir á sus granaderos: vió á las diez y siete víctimas que conducian á la muerte: oye deliberar sobre el género de suplicio: pica ácia los asesinos gritando: *á mí, granaderos.* Todos aquellos que lo oyen corren. "Valientes granaderos, »les dice *Lafayette* ¿permitireis que »unos bravos sean asesinados por »traicion? juradme á fe de granade»ros que no permitireis que se les »haga ningun mal." Los granaderos que no necesitaban de esta arenga, cargan sin contestar sobre los sediciosos, los dispersan, ponen á los

guardias en medio, y los conducen sanos y salvos al patio de los ministros.

Un poco mas lejos conducian igualmente á la muerte á algunos ancianos brigadieres y quarteles-maestres, cuyas cabezas estaban cubiertas de canas: como deliberaban sobre el género de martirio que les darian, levantando uno de ellos la voz, y con aquella serenidad que da una conciencia pura y tranquila, dixo estas palabras: "Nuestras vidas estan en »vuestras manos, podeis degollarnos, »pero no las abreviareis mas que de »algunos instantes, y tendremos el »consuelo de morir sin ser deshon»rados." La serenidad con que las pronunció, y la vista de aquellos militares encanecidos en el arte de la guerra, hicieron una admirable y pronta sensacion en los ánimos de los que habian pensado degollarlos, y les dicen: "no, no degollaremos »á unos valientes como vosotros:"

Se abalanzan á sus cuellos, los abrazan afectuosamente, y los llevan en triunfo hasta el patio real.

Este hecho y la conducta que tuvieron los ex-guardias francesas despues del corto diálogo que pasó entre ellos y los guardias de corps atrincherados en la sala *del ojo de buey*, prueban quan facil le pudo haber sido á un hombre sagaz y activo que se hubiese encontrado en lugar de *Lafayette*, hacer inútiles los esfuerzos de aquellos perversos. Tambien fué á las once quando *d'Estaing* pareció en el palacio para asistir á un consejo extraordinario, en el que deliberó como habia obrado, esto es sin firmeza y sin resolucion, lo que prueba que estos dos gefes estaban de acuerdo con los novadores, ó que tenian sus miras particulares.

Sabiendo Luis XVI. que por todas partes inmolaban á sus fieles guardias de corps, corre precipitadamente á su balcon, se manifiesta

al pueblo y pide por ellos. Los guardias que estaban en el quarto del rey, viendo este movimiento de S. M. corren ácia él, rodean su persona, se quitan las bandoleras, deponen las armas, tiran los sombreros al ayre, y gritan *viva la nacion.*

El paso del rey y la accion de sus guardias producen el mejor éxito. Este mismo pueblo que poco antes no pedia mas que sangre, responde ahora al grito de *viva la nacion* con el de *viva el rey.* Se divide en seguida, busca por todas partes á los guardias de corps que habia hecho prisioneros y que conservaba para darlos muerte, los lleva en triunfo y los conduce debaxo de las ventanas del rey, y allí les manifiesta los testimonios del mas vivo y tierno interes. Esta mudanza inopinada llena de furor á algunos antropófagos, y sobre todo á los gefes de los novadores y sediciosos. Se oyen voces que piden *salga la reyna*: esta princesa

sale al balcon llevando con una mano al delfin y de la otra á la joven princesa su hija: *fuera los niños, fuera los niños*, gritan los mismos: la reyna se entra y vuelve á salir sola. Su confianza, y la firmeza de su caracter desarma á sus propios asesinos. Aplausos unánimes se oyen por todas partes, y el ayre resuena con los gritos de *viva la reyna.*

¡Que momento para nuestros novadores y sediciosos, y sobre todo para Orleans! Instruido éste de que las cosas, para hablar como el abate *Sieyes*, iban en sentido contrario, se presentan de nuevo en los patios; habla á la multitud; sube en seguida á palacio, y viene á mezclarse con la muchedumbre que llenaba el salon llamado de *Hércules*. Apenas está allí quando se vuelven á oir gritos horribles, parecidos á los alaridos que habian precedido á la matanza de los guardias de corps, pidiendo que el rey vaya á Paris. Las

amenazas y los denuestos se mezclan á esta peticion. Es una nueva sedicion que consterna y atemoriza á todos. En esta ocasion *Lafayette* y sus granaderos callan, y dexan correr el torrente: los oficiales superiores pierden toda esperanza: los ministros permanecen inmobles: *Necker*, el empírico y falso *Necker* situado en un rincon de la habitacion del rey, llora ó finge llorar: el rey sitiado en su palacio por un exambre de sediciosos, abandonado á la merced de los monstruos que habian inundado de sangre las entradas de su habitacion, se dirige á algunos diputados que se hallaban cerca de él, y les suplica vayan á prevenir á la asamblea nacional que necesita el auxîlio de sus consejos, y que desea venga al instante á tener su sesion en el salon de *Hércules*.

Dos de estos diputados de *Blacons y Deserent* vuelan á la asamblea, encuentran á la puerta á *Mou-*

nier, y le dan parte de su mensage. "No dudemos, corramos cerca del »rey, les responde *Mounier.*" De *Blacons y Deserent* entran en la asamblea, y la dan parte de los deseos del rey, y de la respuesta de *Mounier. El presidente*, clama entonces *Mirabeau*, no nos *puede hacer ir á ninguna habitacion del rey, sin deliberarlo antes.* Las galerias apoyan con extraordinarios aplausos la indicacion de *Mirabeau. De Blacons y Deserent* vuelven á buscar á *Mounier*, éste entra, se sienta en su sillon, y da parte solemnemente del deseo del rey. "¿*Está por escrito*, le »pregunta un diputado adicto á los »novadores, *este deseo*? *No*, res»ponde *Mounier*, *pero ved aquí á* »*MM. De Blacons*, *y Deserent que* »*vienen de su parte.*—Es ageno de »nuestra dignidad, dixo entonces »*Mirabeau*, ir al palacio del rey: »allí no se puede deliberar; nues»tras deliberaciones serian sospecho-

»sas; basta enviar una diputacion de »treinta y seis vocales de la asam- »blea nacional. — Nuestra *dignidad*, »repuso *Mounier*, consiste en cum- »plir con nuestro deber: para noso- »tros lo es y muy sagrado el si- »tuarnos en este momento de peli- »gro al lado del monarca, y atrae- »remos sobre nosotros la exêcracion »de todos los siglos, si nos olvida- »mos de cumplirlo." *Mounier* á na- die convenció, y la mayoria votó conforme á los deseos de *Mirabeau*.

Llegado el aviso al rey todas las personas que se hallaban cerca de S. M. quedaron absortas de temor y espanto. Vueltas en sí representaron con calor al monarca que no debia fiarse de una multitud, que despues de los excesos que acababa de cometer, era capaz de todo: le suplicaron que se substraxese por la fuga de las nuevas desgracias que le amenazaban, y le aseguraron que su retirada sería protegida, y que

todos le harian un antemural con sus cuerpos. Luis se lleva la mano derecha á la frente, reflexîona algunos minutos, la extiende en seguida ácia los que le hablan y les dice: *No se debe exponer la vida de muchos para salvar una sola: yo ire á París.*

La resolucion del rey vuela de boca en boca, y se anuncia al pueblo por una salva de artillería y de fusilería. Esta determinacion del rey sorprendió á todos los partidos, á los realistas, á los imparciales, y á los orleanistas. Los dos primeros veían la salud de la monarquía en la huida del rey, y los últimos la promocion del duque de Orleans á la regencia y en seguida al trono. Solo los gefes de los novadores, y de los sediciosos se alegraron de esta resolucion, porque les hacia mas facil la execucion de sus nuevas empresas hallándose en el recinto de París que era la reunion de todos los bandidos de la Francia y de los paises extran-

geros. Orleans, que se hallaba en el salon de *Hércules* hablando con los foragidos al oir el cañoneo que anuncia al público que el rey se va á París, se enmudece, pues estaba disponiendo una nueva insurreccion para acabar de una vez con la familia real. Se pasea con agitacion y de priesa, manifestando todas las señales de una inquietud extraordinaria, y dando una patada en el suelo desaparece murmurando y jurando entre dientes. Va á consultar con sus amigos, y éstos le aconsejan el concluir en París la escena que habia empezado en Versalles: consintió en ello y se aplacó.

La asamblea nacional despues de haber enviado al rey los treinta y seis diputados, como tengo dicho, decretó que era inseparable de su real persona, y le comunicó este decreto quando supo que S. M. habia determinado ir á París. Luis XVI escribió á la asamblea la carta siguiente. "Es-

»toy penetrado de la nueva ádhesion »que me da la asamblea nacional: »debe saber que mis deseos son de »no separarme nunca de ella: voy á »París con la reyna y mis hijos, y dá- »ré mis órdenes para que la asam- »blea vaya tambien allí á continuar »sus sesiones."

Mirabeau despues de la lectura de esta carta pidió que se nombrasen los diputados que habian de acompañar al rey á París. No habia querido conceder mas que treinta y seis para que rodeasen al monarca en medio de los asesinos que sembraban su palacio de cadáveres, y ahora pidió ciento para acompañar al augusto cautivo á su capital. Cada opinion que *Mirabeau* manifestaba en este dia era una órden á la qual sus cólegas subscribian ciegamente. *Mounier* nombró estos cien diputados, ó mas bien los hizo nombrar por uno de los secretarios de la asamblea. Este inscribió en la lista el nombre de

Mirabeau. *Mounier* lo advierte y lo borra. *Mirabeau* lo sabe, se acerca á *Mounier*, y le dice: " ¿por que »me borrais *Mounier*? yo pido ser de »la diputacion para apaciguar al pue»blo en caso de que haya un tumul»to á la llegada del rey. — Señor, le »responde *Mounier*, los que tienen »tanto crédito para calmar al pueblo »pueden tambien sublevarle." *Mirabeau* insiste, se hace inscribir, y acompaña á París al rey, á quien habia querido hacer degollar pocas horas antes. Antes de salir de la sala hace la indicacion de que se enviase á las provincias una circular para enterarlas de los acontecimientos que acababan de suceder en Versalles, y en la que debia decirse, que por medio de estos sangrientos sucesos *el baxel de la cosa pública iba á bogar con mas rapidez que nunca.*

El rey deseaba hacer algunos preparativos para aquel siniestro viage. Tenia órdenes é instrucciones que

dar á aquellos que dexaba en el palacio tocante á la conservacion de sus papeles privados y otros mil objetos: al menos necesitaba llevar ropas blancas para él y su familia; pero no se le dió siquiera permiso de ocuparse en estos pormenores: le precisaron á marchar precipitadamente, cediendo á las amenazas y murmuraciones. Subió en su carroza á la una y media, acompañándole la reyna, sus dos hijos, la marquesa de *Tourzel*, su aya, madama Isabel su hermana, *Monsieur y Madama* su esposa, siguiéndolos algunas personas de la servidumbre, y los cien vocales de la asamblea nacional. El hombre de la *barba larga* con un bonete muy elevado en la cabeza, y sobre la espalda una hacha ensangrentada, abria la marcha. Sus cabellos, su barba, sus manos y cara goteaban sangre, é iba en medio de dos hombres que llevaban sobre las picas las cabezas de los dos desgraciados guar-

dias *Deshuttes y Varicourt*. Que Lafayette no haya tenido bastante crédito para impedir que este horrible trofeo precediese la carroza de su rey, debe uno extrañarlo mucho, pero que varios escritores franceses de aquellos mismos tiempos nos representen al tal *Lafayette* como el mayor *amigo* de Luis XVI. es una irrision que solo al oirla, enoja é irrita.

Una banda de foragidos caminando sin órden seguia á estos horrorosos trofeos: el hombre *de la barba larga* iba en medio de aquellos. El exército parisiense con su general al frente venia detras: entre este exército, y la carroza del rey, se veía una tropa de mugeres y hombres que habian tomado el trage de este sexô. Todas las prostitutas del palacio real (1) y de sus inmediaciones, toda

(1) Palacio que fué del duque de Orleans, que era y es todavia la reunion de todas las mugeres mundanas de Pa-

la hez de los arrabales y la canalla de los mercados se encontraban en aquel tropel. Estos monstruos estaban borrachos de sangre, de vino y de desórdenes: muchos iban sentados sobre los cañones: tan pronto cantaban las coplas mas impuras, como ultrajaban con frases indecentes á la familia real, insultando á los guardias de corps que obligaron á seguir al rey para adornar aquel lúgubre triunfo. Estos desgraciados guardias marchaban detras del coche del rey, los unos á pie, los otros á caballo, la mayor parte sin sombreros, todos desarmados y desfallecidos de hambre y de cansancio, recibiendo toda clase de humillaciones é injurias, sin replicar una palabra para no disgustar al rey su amo que se lo habia pedido por favor.

---

ris á causa del inmenso concurso de gente que se reune allí para disfrutar de los vistosos jardines de aquel palacio.

Luego que el rey entró en la carroza, Orleans, conforme á lo que habia acordado con sus principales conjurados de concluir en París la escena que habia empezado en Versalles, corrió á buscar varios carros cargados de trigo y de harina que tenia ocultos. Estos carros cerraban la marcha, y entraron en París con el rey entre los aplausos de los que salian á ver la novedad, como de los que llegaban. Estos últimos gritaban á los primeros: *ya os traemos al panadero, á la panadera, y al panaderito*, (1), dando á entender con esta expresion, y con la entrada de aquel convoy que se habia ya acabado la escasez del pan que habia causado tantos alborotos, y tantas muertes por culpa del rey que procuraba hacer perecer de hambre al pueblo, á fin de domarlo y hacerle aborrecer

(1) Denominando así insolentemente al rey, á la reyna y al delfin.

la constitucion &c. &c. &c. el pueblo frances (lo repito) que nunca raciocina, dió crédito á estas voces esparcidas á propósito por los novadores del dia á fin de que se apresurase á derribar el trono de un príncipe que odiaba en secreto (segun ellos) la asamblea y las reformas que ésta hacia. ¡Ay de mi! en lo sucesivo se desengañó, pero fué quando no hubo medio alguno para remediar los males que se habia acarreado por su inconsideracion y ligereza natural.

Al atravesar la familia real por la plaza de armas, vió uno de aquellos espectáculos horribles que nos hace creible lo que los viageros nos cuentan de los antropófagos del nuevo mundo. Notó que varias mugeres sentadas sobre el cadáver de un guardia de corps, despedazaban con los dientes la carne ensangrentada del caballo de aquel. Al pasar los augustos cautivos por delante de la asam-

blea nacional no recibieron ningun honor, ningun consuelo, ninguna seña de interes de los diputados que se hallaban reunidos. Los sediciosos y novadores reynaban allí, y arrastraban así por el terror á todos aquellos que interiormente exêcraban á los autores de estas atrocidades.

En todo el tiempo que duró el viage no cesaron de hacer descargas de fusileria, y fué un milagro el que entre tantos hombres, de los quales unos no sabian manejar las armas, y los otros que no respiraban mas que sangre, no saliese un tiro que hubiese muerto á algun individuo de la carroza del rey. En Seves (1) hicieron alto, no para descansar, sino para señalar aquel desastroso dia con una atrocidad de una especie tan nueva, y tan inaudita que uno se horroriza al acordarse de ella. Llamaron á un mancebo de peluque-

(1) Villa entre París y Versalles.

ro, y le obligaron, amenazándole con un puñal, á peynar las dos cabezas mutiladas que iban á presentar á los parisienses, como si aquellos horribles trofeos fuesen dignos de ellos.

En fin despues de cinco horas y media de una marcha excesivamente dolorosa, la familia real llegó á París al ponerse el sol, aunque llena de abatimiento de dolor por las humillaciones mas vergonzosas, y sin haber tomado el menor alimento desde la salida del sol: se vió precisada á parar en la casa consistorial para oir un largo discurso de *Moreau De-Saintmery*, y otro no menos largo y molesto del corregidor *Bailly*, que tuvo la increible osadia de llamar aquel dia de crímenes un *hermoso dia*. Luis contestó al corregidor, diciendo que venia á su buena ciudad de París con *alegría*, *y con confianza*. El gentio inmenso que llenaba la sala, y el ruido que hacia impidieron que se oyese al rey, cuya voz

estaba debilitada por el cansancio y el dolor. *Bailly* volviéndose ácia él pueblo le gritó: *el rey me manda deciros* que viene *con alegria á su buena ciudad de París.* La reyna alzando la voz hizo oir estas palabras que dirigió á *Bailly*: caballero os olvidais que el rey ha dicho tambien *y con CONFIANZA*: *Bailly* volviéndose hacia el pueblo, le dixo: *ya lo ois, señores, sois mas felices que si yo mismo os lo hubiera dicho.*

Despues de esta penosa sesion de la municipalidad, el rey fué conducido al palacio de las *Tullerias.* Nada habia dispuesto para recibirlo. Todas las personas empleadas en su servidumbre fueron precisadas á pasar la noche, los unos en el suelo y los otros sobre canapés. Desde la entrada del rey en París, y en su travesia para las *Tullerias*, se vió rodeado de un pueblo innumerable que se agolpaba al coche para verlo, sin saber á qué sentimiento habia de entre-

garse. Todos estrañaban el dolor y tristeza que veían en el rostro de sus augustos amos, y les daban ciertos presentimientos que no podian explicar: este silencio lúgubre de la multitud parecia presagiarla aquel diluvio de males que en lo sucesivo vinieron á caer sobre ella.

En la noche siguiente á la llegada del rey, se iluminaron las calles, y pasearon por todas ellas las dos cabezas que los antropófagos habian traido de *Versalles* á París. *Lafayette*, ni ninguna de las autoridades entonces reynantes, manifestaron el menor deseo de terminar aquella diversion abominable que duró aun una parte del dia siguiente, hasta que en fin arrojaron aquellos deplorables restos en el rio por el puente real, sin que nadie cuidase de recogerlos, y concederles los honores de la sepultura: acabado este juego, el pueblo quiso ver á los guardias que habian seguido al rey.

Se manifestaron al rededor de su desgraciado amo sobre la galeria del jardin. Exîgieron mas: quisieron que se presentasen en el *palacio real*: consintieron en ello, y se pasearon con la multitud. Sus rostros pálidos y desfigurados, su abatimiento y tristeza, que atribuian con razon al dolor que tenian de la mortandad de sus compañeros, conmovieron á todos los corazones, y los llenaron de aplausos. Pero ¡ah! este fué el único fruto que obtuvieron de tanta complacencia. Los novadores no dexaban de conocer, mientras el rey estuviese rodeado de sus fieles guardias de corps, no les seria tan facil cometer los nuevos atentados que meditaban: así exîgieron de aquel monarca que nada podia ya rehusar á que les licenciase. El desgraciado Luis XVI. bañó con sus lágrimas el papel en que le pusieron el decreto que habia de firmar para alejar de su persona un cuerpo, cuyos indivi-

duos acababan de sacrificarse de un modo tan generoso por amor y lealtad á su augusto amo. Desde entonces los novadores con sus tramas y enredos le obligaron á confiar su persona, y las de su familia á aquella misma milicia nacional que lo habia arrancado de *Versalles* y á aquel mismo *Lafayette* que tan mal lo habia defendido contra los satélites de *Orleans*. Así hallándose Luis XVI. á la merced de tales soldados no hay que estrañar que se viese cada dia insultado, y ultrajado por los bandidos asalariados por *Orleans* y todos los otros diferentes partidos que á porfia se disputaban la soberania de la nacion. Desde entonces el palacio de las *Tullerias* vino á ser la reunion de todos los malvados encarnizados contra aquel desgraciado príncipe. En aquel palacio fué en donde se fraguaron despues tantas maldades que en lo sucesivo han ido esparciéndose por toda la

Europa. Allí tuvo que sufrir tantas injurias, tantos ultrages é improperios, que para quitarse de aquel infierno se escapó en la noche del 21 de junio de 1791; pero habiendo sido detenido en *Varenes*, fué vuelto á conducir á aquel mismo palacio que desde aquella época llegó á ser una verdadera carcel para aquel desgraciado príncipe. Allí se vieron aquellos memorables dias llamados de 20 de junio y 10 de agosto de 1792 en los que Luis XVI. asombró á la Europa entera con el valor que manifestó, quando mandó á los pocos suizos que tenia á su lado, abriesen la puerta de su habitacion y se presentó *solo* á un exambre de sediciosos que venian para asesinarlo; allí y en aquel horroroso dia 20 de junio la reyna tuvo continuamente en sus brazos al joven *delfin*, cuyo candor é inocencia la sirvió de escudo contra millares de tigres que venian para devorarla. Al

dia siguiente por la mañana habiendo vuelto á empezar el alboroto, la reyna corre á la cama de su hijo, lo coge en camisa para presentarlo á los asesinos. El niño medio dormido dixo á su madre estas palabras ingenuas, capaces de enternecer el corazon mas duro: ¿*mamá*, *pues ayer no se ha acabado todavia*? ¡Desgraciado niño! *ayer* nunca habia de acabar para tí. En fin el dia 10 de agosto Luis XVI. fué arrancado de aquel palacio para ser conducido con toda su familia en la torre del Temple (1) y de allí á un calabozo..... ¡Terrible destino de aquel desgraciado monarca! quiere hacer felices á sus vasallos: éstos le piden los estados

---

(1) El Temple era el convento que ocupaban en otros tiempos en París los religiosos militares llamados *Templarios y la torre* de que se trata aqui servia de prision para los individuos de aquella órden que incurrian en algun delito.

generales, y el benéfico Luis XVI. se los concede. Durante su reynado hay tres asambleas nacionales, la primera le despoja de su autoridad, la segunda de su libertad y la tercera de su vida..... el corazon de todo hombre sensible se oprime de dolor al considerar tanta ingratitud.

Conclusion.

He aquí quáles han sido los principios de la revolucion francesa: he aquí los males que causaron en una nacion culta y feliz, baxo el gobierno mas benigno que se habia visto hasta entonces, las ideas de esas decantadas *libertad ó igualdad*; ved á qué excesos se entregó un pueblo el mas humano de la Europa, y que se hizo en un instante un pueblo de antropófagos; pero todos estos escesos de los dias memorables de 5 y 6 de octubre son nada en comparacion de las atrocidades inauditas que come-

tió en lo sucesivo, y que horrorizaron al orbe entero..... el pueblo frances entusiasmado con esa fantasma de *libertad é igualdad* y acalorado con el diluvio de esos escritos emponzoñados, resulta fatal de la libertad *indefinida* de la imprenta, decretada por la primera asamblea nacional, rompió todo freno, despreciando todas las autoridades, toda subordinacion; y despues de haber contribuido por su ceguedad á la muerte de un rey el mas benéfico que habia tenido la Francia, llegó á tener otros tantos reyes como representantes suyos que exercian sobre él un despotismo que sus antepasados jamas habian conocido; y al cabo de tantos trastornos, tantas vejaciones, tantos incendios, tantas profanaciones, tantos asesinatos, tantas guerras civiles, tantos destrozos, los franceses vinieron á parar á tener por soberano árbitrio de sus haciendas, de sus personas, y de sus vidas á un déspota,

á un tirano, á un espurio y aborto de la especie humana, á un infame corso, la hez y escarnio de todas las naciones, y á quien Dios habia escogido en su ira para el azote del género humano. ¡O altos juicios de Dios!.... ¡hasta quando, señor, afligireis á la humanidad entera con este terrible azote!..... es preciso que nuestros crímenes hayan llegado al mas alto grado, puesto que vuestra ira no se ha aplacado todavia, y sigue en afligirnos con las semillas que estos novadores han ido esparciendo por todas partes.

Naciones, ved el resultado de estas novedades, de esta pretendida sabiduría regeneradora, de esta filosofia hipócrita, la mas astuta de todas las heregias que han parecido desde el establecimiento de nuestra santa religion, pues con capa de virtud y reformas útiles no procura sino ultrajar y destruir á esta misma religion santa, obra del señor.

Reyes, príncipes, gobiernos, magistrados, pueblos, abrid los ojos, exâminad los males que la filosofia moderna ha hecho en Francia, y los que no ha dexado de hacer á la humanidad cruelmente ultrajada por el dilatado espacio de mas de veinte años.... que ¿tan funestas experiencias no serán bastantes para desengañarnos?..... ¿hasta quando permanecereis en esa inmovilidad criminal é indiferente?.... Si los intereses de la religion no son bastantes para despertaros del letargo en que yaceis, que al menos os conmuevan vuestros propios intereses; si con la velocidad del rayo no os apresurais á poner un freno á la impúdica insolencia de los novadores, todas las sociedades van á sumirse en el piélago insondable de mil y mil desastres..... y que ¿las vereis derrocarse por sí mismas sin oponer un remedio que cortando lo gangrenado de sus miembros conserve sanos é ilesos los demas, curando para siempre

sus males? No es mi ánimo el implorar aquí la espada de la autoridad sobre la cabeza de los escritores modernos que, extraviándose del sendero de la razon eterna, y de la justicia inmutable, nos conducen al precipicio de una anarquía literaria. Como sacerdote debo aborrecer la sangre; pero como hombre debo reclamar en favor de la humanidad tan indignamente ultrajada por tantos escritos sediciosos impios, y subversivos de todo órden social.

Sabios, literatos, escritores, historiadores, predicadores, gentes sensatas y virtuosas ilustrad al pueblo sobre sus verdaderos intereses; demostradle los terribles efectos que en la desgraciada Francia produxeron las mal entendidas palabras de *libertad é igualdad.* Enseñadle con energia el veneno con que los filósofos modernos exôrnan sus sofismas; quáles son las miras de aquellos novadores, y quáles son los deseos de

aquellos pretendidos regeneradores.... vuestros trabajos os adquirirán para siempre gratitud eterna, y derechos inmortales á su reconocimiento.

He concluido mi tarea, la qual sino es deleitable y gustosa por faltarla un lenguage florido, es apreciable por llevar el carácter de verdad y de certeza que exîge esta clase de obras, y la que debe buscar el que desea instruirse en ellas.

NOTA. Esta obra estaba muy adelantada en su impresion quando sucedió el destronamiento tan justo como deseado del tirano Napoleon, de cuyo solo gobierno y no del que nuevamente tiene reconocido la Francia con aplauso de toda la Europa debe entenderse quanto se vitupera en este compendio.

LISTA

de los señores subscriptores á esta obra.

El Excelentísimo Sr. conde de Altamira. 2
El Excelentísimo Sr. marques de Albudeite. 1
El Excelentísimo Sr. conde de Villariezo. 1
El Sr. conde de Torremuzquiz. 1
El Excelentísimo Sr. D. José de Palafox y Melci. 1
Sr. conde de Vigo. 1
El marques de Saluchi. 1
El marques de Regalia. 2
El ilustrísimo Sr. Obispo de la Rochela. 6
D. Blas Ostolaza, capellan de honor de S. M. 1
D. Mariano de Alfaro, cura parroco de Beltejar de Sigüenza. 1
D. Juan Bautista de Arana, cura

párroco de la villa de Ataquines. 1

D. Manuel Marquez, cura de Fuenlabrada de los montes, diputado. 1

D. Juan Sabino Sanchez Illescas, cura párroco de Balazote. 1

D. Faustino Benito García, presbítero. 6

D. Martin Lalande, presbítero: por comision. 2

D. Cayetano Sanz, presbítero. 1

D. Francisco Labat, presbítero. 2

D. Francisco de Pis, prepósito de Portaceli. 1

El P. M. Fr. Manuel Regidor, procurador general de carmelitas calzados. 1

Fr. Ignacio del Puente. 1

Fr. Juan José Gonzalez. 1

Real Cuerpo de Guardias de corps.

D. Joaquin de Arcos, exênto. 1

D. José Bulini, exênto. 1

D. Andres Santalla, brigadier. 1
D. Felipe Lorieri, brigadier. 1
D. José Olea, brigadier. 1
D. Francisco de Paula de la Puerta, brigadier. 1
D. Cristobal Perosa, sub-brigadier 1
D. José Fernandez Arbina, sub-brigadier. 1
D. José Remor, sub-brigadier. 1
D. José María Busengol, cadete. 1
D. Gabriel Chacon, cadete. 1
D. José Caballero, cadete. 1
D. Luis Lopez del Pan, cadete. 1
D. Fernando Orozco, cadete. 1
D. Bernardo Cañizo, cadete. 1
D. Francisco Paula Roldan, cadete. 1
D. José Formo, cadete. 1
D. Manuel Castillo, cadete. 1
D. Manuel Borrajo. 1
D. Manuel de Entrambasaguas. 1
D. José Abaur. 1
D. Elias Arias. 1
D. Antonio de la Ancha y Navarro, de la quarta brigada. 1

D. Benigno Morales. 1
D. Manuel Aguirre. 1
D. Nicolas Alcaraz. 1
D. José Ponce. 1
D. Nicolas Ponce. 1
D. Antonio Mexía. 1
D. Tomas Ximenez Coronado. 1
D. Vicente Barrios. 1
D. Joaquin de Bilches. 2
D. Sebastian Hurtado. 1
D. Bernardo Carnero. 1
D. Joaquin Ribera. 1
D. José Madrazo. 1
El Sr. marques de la Vega. 1
D. Francisco Caiz de la Moga, cirujano. 1

D. Francisco Santibañez. 1
D.ª Dorotea Moreno. 1
D. Pedro Real, contador de mesa del partido de Infantes. 1
D. Mariano Merchante. 1
D. Vicente Fernandez. 1
D. Manuel Romero Perez. 1

FEB. 18 1868.

D. Casimiro Rubial.	1
D. Mauricio García Puente.	1
D. Crisanto García Maroto.	1
D. Manuel de Cortabarria.	1
D. Basilio Moyano.	1
D. José Merello.	1
D. José Manescau.	2
El diputado Riesco.	1
D. Juan Pedro Fernandez.	1
D. Feliz de Anaya.	1
D. Telesforo Cano.	1
D. Manuel Asenjo.	1
D. Manuel Martinez del Campo.	1
D. Manuel de las Raygadas.	1
D. Vicente Martinez.	1
D. José granados.	2
D. Clemente Cabia.	1
D. Braulio Rodriguez.	1
D. Joaquin Moliner, diputado.	1
D. Felipe Rodriguez.	1
D.ª Francisca de la Torre.	1
D. Antonio Olias.	1
D. Manuel de Zaldivar.	1
El Brigadier D. Pedro Bailin.	1
D. José Ibarrola.	1